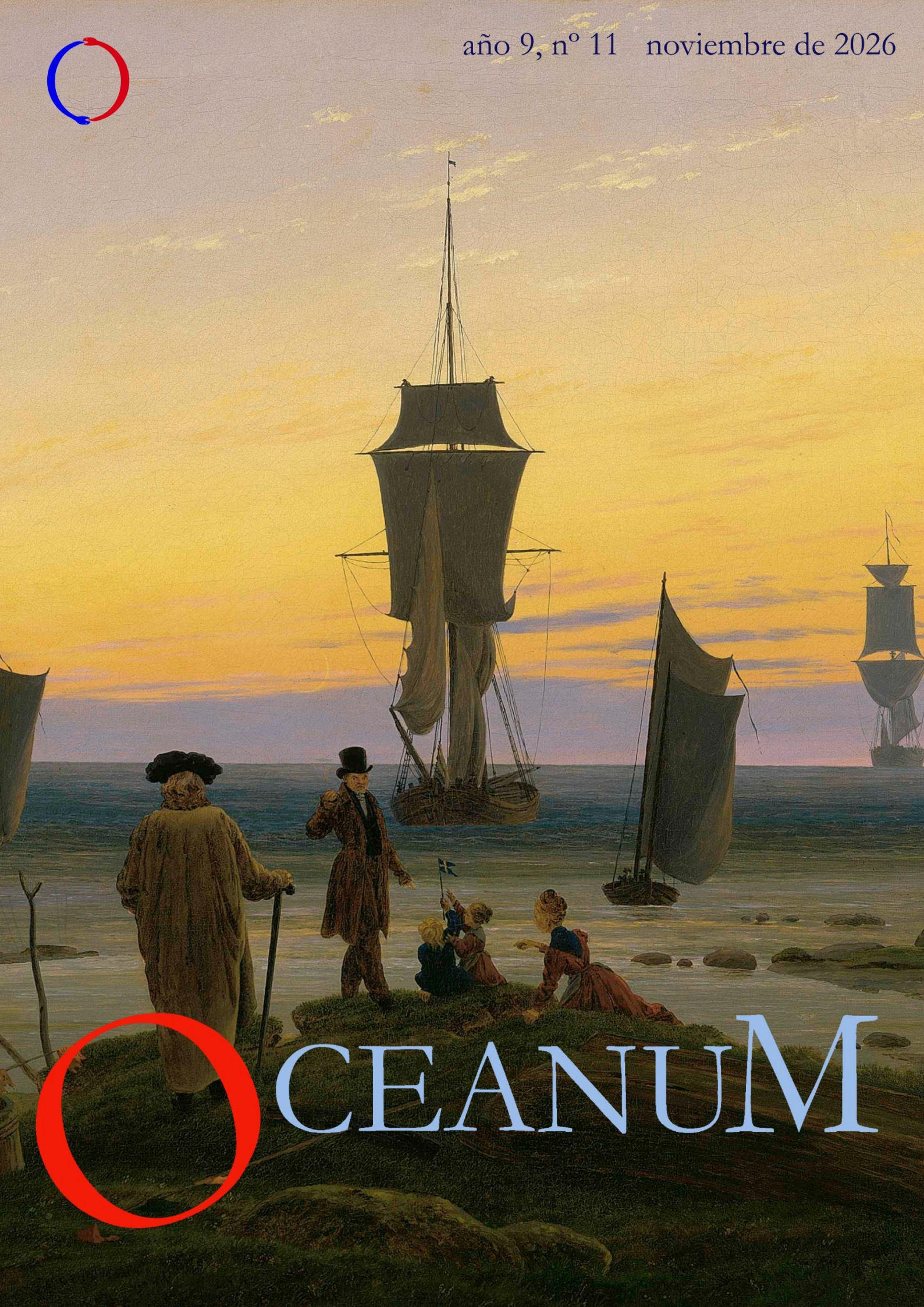
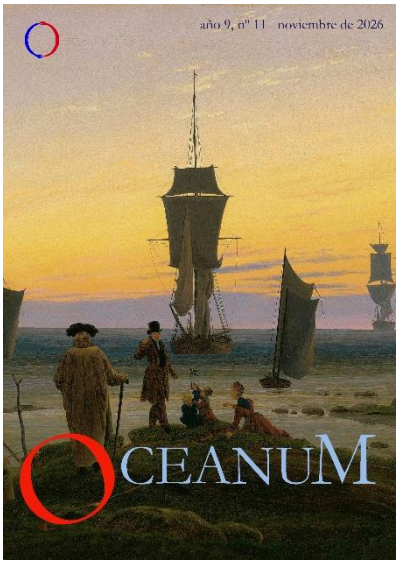
año 9, nº 11 noviembre de 2026



OCEANUM



OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 9, nº 11
Noviembre de 2026

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Osvaldo Beker
Pilar Úcar Ventura
Augusto Guedes
Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud
shifra.correcciones@gmail.com

Página web:

www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



L llegar el otoño, mientras la naturaleza se prepara para el descanso invernal y los tonos de la luz invitan al sosiego y la calma, el mundo editorial bulle como cocido en puchero de barro y exhala aromas que activan en el cerebro las ansias de leer, de la misma forma que se excitan los jugos gástricos con la promesa de una buena sopa, de unos garbanzos suaves y de unas carnes sabrosas. El otoño trae los fallos de jurados y comisiones que otorgan grandes premios literarios y constituyen la antesala de la fiebre editorial de la precampaña navideña en la que las obras en tapa dura y sobrecubierta se pelearán en las estanterías de las librerías por ser el regalo para las fiestas ancestrales del solsticio invernal, reconvertidas en Navidad por el cristianismo y transformadas en compras iluminadas por guirnaldas de LED por la sociedad actual, tan alejada de aquellas celebraciones milenarias como de los ideales cristianos prístinos.

Legítimo es hacer negocio y aprovechar las circunstancias para hacer caja, ahora que el viento sopla a favor y no es necesario navegar de bolina, máxime si el producto que se trata de colocar tiene carácter cultural. Muchas editoriales salvan el año con el tirón de las ventas en esta época y en la antesala de la Navidad; y de que haya editoriales depende el mantenimiento de todo un entramado en el que, desde el autor hasta el librero, se encadenan correctores, maquetadores, impresores y un largo etcétera, cuyos sueldos dependen de la comercialización del libro como producto. Desde ese punto de vista microeconómico —a veces el único que es real y palpable— la campaña de otoño-Navidad resulta beneficiosa y eso hace del otoño una época dulce para el sector en un sentido amplio. Tal vez el ejemplo más claro sea el del grupo editorial Planeta y el premio del mismo nombre como un producto de consumo presuntamente cultural. Siempre fue un galardón con finalidad comercial y se colgó sobre el pecho de individuos con perfil mediático, algunos tan lejanos a la literatura —ni siquiera digo “a la buena literatura”— como para generar ríos de tinta fácil. Tras haber creído que tocaban fondo hace un par de años, el anterior superaron lo insuperable y se hundieron en el detrito. Es lo que tiene estirar tanto el modelo, que termina por descoserse y mostrar un interior hediondo. Para tratar de revertir la situación, este año han retornado al modelo anterior y han desempolvado una supuesta segunda parte de *La casa de los espíritus* para otorgar el premio a una escritora que, si algo la define más allá de las opiniones de envidiosos y puristas, es su perfil comercial. Su lectura entretiene, que no es poco. Si el Premio Planeta siempre tuviese una Isabel Allende, sería un aceptable regalo de Navidad.

EDITORIAL

Miguel A. Pérez

CONTENIDOS

6 La galera

Entrevista a Tomás Navarro	Ginés J. Vera	6
La conspiración	Goyo	9

12 Dentro de una botella

Una tarde con Julian Barnes	Pravia Arango	12
Historias de Terramar	Eugenio Piñeiro Mejuto	15

25 ¡Tierra a la vista!

India	Osvaldo Beker	25

28 La estrella polar

***Highlander* (*Los inmortales*): la eternidad, característica de los verdaderos principios del derecho**	Diego García Paz	28
Las truchas	Miguel A. Pérez	32

38 L'imperceptible écume

Marc Baron	Miguel Ángel Real	38

44 Outros mares

Navegante	Augusto Guedes	44

47 Otres mares

Xuegos	Alfredo Garay	47

49 ¡Motín a bordo!

Yo no escribo para que me lean	Pilar Úcar	49

53 Espuma de mar

Premios y concursos literarios 54
Con un toque literario Goyo 59
Noticias breves 61

65 Gran Sol

Viento del pueblo Miguel Hernández 65

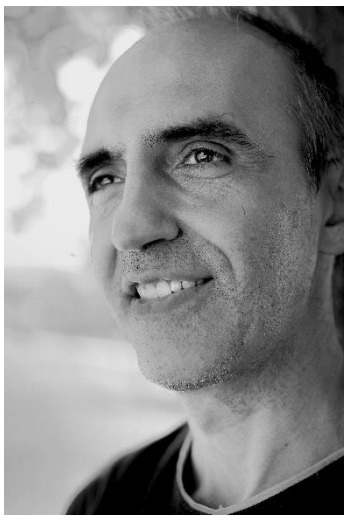
127 Nuevos horizontes

El patio de la olivera Ginés J. Vera 128
***Deum colit qui novit* (Séneca)** Miguel Quintana 133

139 Créditos de fotografía e ilustración



Entrevista a Tomás Navarro



Ginés J. Vera

ME concedió una nueva entrevista para *Oceanum* el psicólogo y escritor Tomás Navarro, en esta ocasión, a colación de su libro *La zona* (Zenith) en el que aborda cómo entrenar la atención, para entrar conscientemente y permanecer en ese estado en el que desaparecen las distracciones, el miedo y la prisa, esa "zona" en la que el tiempo se detiene y todo parece fluir con facilidad.

Me ha parecido leer que entre los objetivos de este libro están el de ayudarnos a volver a fluir, disfrutar y rendir al máximo nivel; a ayudarnos a gestionarnos, activarnos y a focalizar nuestra atención gracias a "la zona". ¿Nos lo comentas?

Sí, claro. Nos guste o no, necesitamos tirar de atención varias veces al día. Una persona que controla su atención, que la puede activar, dirigir y mantener tiene una vida más tranquila y rica, más serena y plena, con menos errores y más satisfacción. Hacemos las cosas con la cabeza vete tú a saber dónde; las tareas se eternizan, los errores aumentan y la calidad se ve resentida. La zona te ayuda a ser más productivo de una manera sencilla, fácil y económica. Ninguno de los ejercicios requiere de inversión alguna y se pueden realizar tranquilamente desde casa.

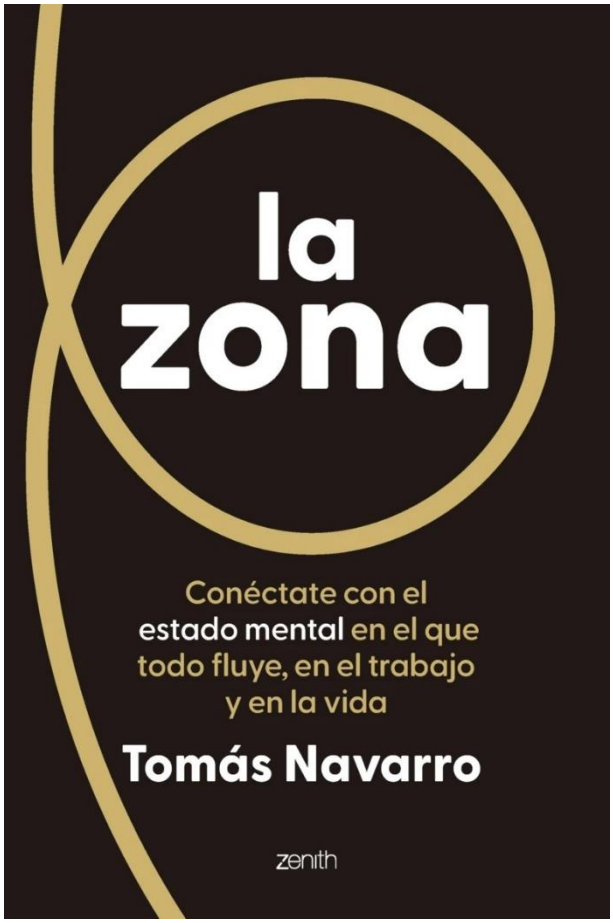
He escogido una frase de *La zona*, creo que da mucho juego; es la de que "aquellas personas que son capaces de filtrar lo importante de lo accesorio tendrán una vida mejor". Me ha recordado a dos ideas, la de la teoría del desapego y la de que vale más tener paz que tener razón. Te cedo la palabra.

Ciertamente, perdemos mucho tiempo con discusiones absurdas, con retos imposibles, con quimeras que no llevan a ningún lado bonito. Tener una vida con sentido para uno mismo, con unas prioridades definidas te da más tiempo, más calidad de vida y más bienestar emocional. Define lo importante y esas prioridades podrán guiar tus decisiones de una manera fluida.

Entre los temas que transitan por *La zona*, creo que está el de cómo nos influyen las personas tóxicas. Incluso, diría más, también cuando las y los tóxicos somos nosotros mismos. La estrategia por seguir es diferente, sospecho, una vez detectado si el distractor está dentro o fuera de nuestras fronteras.

Nos tratamos muy mal y a menudo somos nuestro peor enemigo en forma de esas voces que vamos incorporando. Cuando nos han tratado mal lo interiorizamos y nos acabamos tratando mal nosotros mismos. En el libro propongo algunos recursos y técnicas para darnos cuenta y tratarnos mejor. Necesitamos dejar de juzgarnos continuamente, de exigirnos de manera desproporcionada, de cuestionarnos

de manera delirante y de compararnos con modelos que no son reales. Es posible cambiar esas voces tóxicas por una voz más amable, más cordial, más impulsora, y los beneficios no tienen parangón.

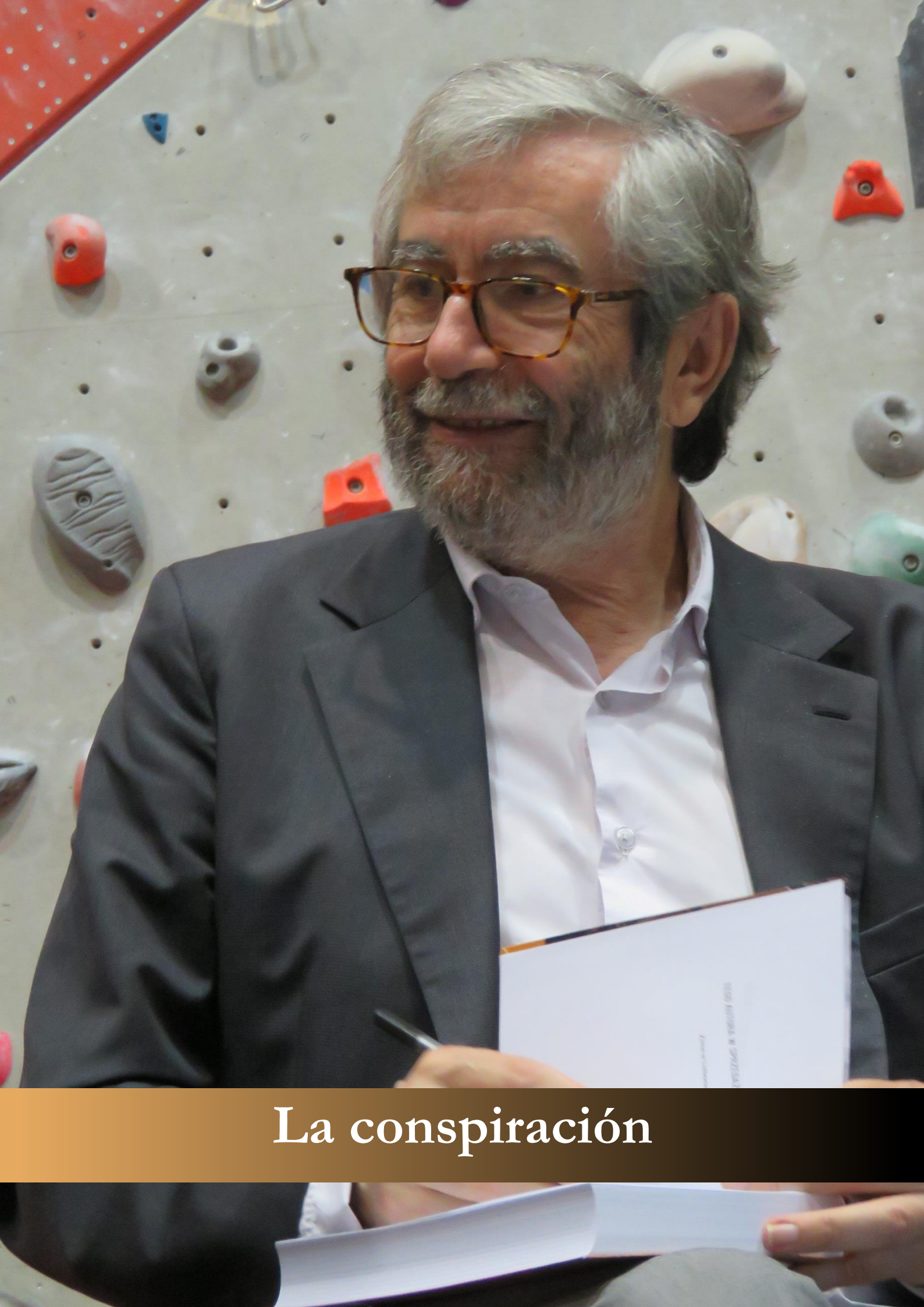


Para poner un punto de humor, siempre presente en tus libros, te voy a preguntar así, de rondón, por el segurata, el abuelo tierno y conectar el "modo avión", como elementos muy relacionados con nuestra zona, la que queremos crear para fluir y mejorar en nuestra vida.

Sí, todos tienen un papel en ese espacio que es nuestra conciencia. El segurata es el encargado de filtrar las voces que nos impiden entrar en la zona. Necesitamos de elementos visuales, y me pareció una magnífica ilustración del concepto. El abuelo nos conecta con una voz amable y dulce, comprensiva y que nos impulsa. Ambos trabajan en equipo y nos permiten entrar en la zona y estar más tiempo. *La zona*, ese lugar en el que tenemos conectado el modo avión cognitivo, donde, de la misma manera que ocurre con el móvil, podemos apagar las notificaciones y temas pendientes que nos distraen. Nuestra capacidad de atención es increíblemente capaz, pero no hace falta que se lo pongamos difícil.

En los agradecimientos leemos que rompes una lanza a favor de los médicos de familia. Lo hilas no tanto con la parte psicológica de *La zona*, sino con una enfermedad como es la celiaquía con la que nos confiesas abres una nueva etapa en tu vida. ¿Es así?

Los médicos de familia son la figura más importante de toda la cadena sanitaria y de salud pública, y su labor es crucial. Ciertamente rompo una lanza a su favor, ya que cada día asumen una gran responsabilidad y no siempre en las mejores condiciones. Desde aquí, mis respetos y mi reconocimiento. Por mi parte, toca cuidar un poco más la salud; y es que los años no pasan sin dejar su huella. El sufrimiento, el dolor y el esfuerzo van moldeando nuestro cuerpo de tal manera que tenemos este tipo de sorpresas.



La conspiración

índice



Goyo

En su novela corta *El dueño del secreto,* ambientada en los años setenta durante los estertores del franquismo, el protagonista evoca en su madurez, desde la tranquilidad de su pueblo natal, su vida rayana en la indigencia de estudiante de Periodismo, en un Madrid oscuro y convulso, su relación con su compañero de pensión, amigo y paisano Ramonazo —trabajador comunista-maoísta—, y Ataúlfo Ramiro, prestigioso abogado, ácrata, elegante y mundano y miembro de una Conspiración vasta y heterogénea, cuyo objetivo es derribar el Régimen. Este último confía su secreto al protagonista, que al fin lo revela secreto que es de todo punto intrascendente…

> Una vez en mi vida he poseído un secreto que de verdad era valioso, que podía, como suele decirse, cambiar el curso de La Historia de España, y fue saberlo y jurar que lo guardaría y ya me quemaba como un hierro candente, y no me dejaba dormir. Tardé tres días en contárselo a alguien, y si resistí tanto no fue porque durara meritoriamente tres días mi lucha interior, sino porque Ramonazo se había ido de gira por la provincia con la pista de los coches de choque en la que trabajaba entonces, y aparte de él no había nadie en Madrid con quien yo tuviera confianza. Nadie, claro, salvo Ataúlfo Ramiro, que era entonces mi amigo, mi protector y mi patrón, y que tenía en torno suyo como la sombra de un padre y de un maestro generoso y arbitrario, pero que era, también, quien me había confiado el secreto y exigido rigurosamente, que lo mantuviera.
>
> Fragmento de *El dueño del secreto* (1994)

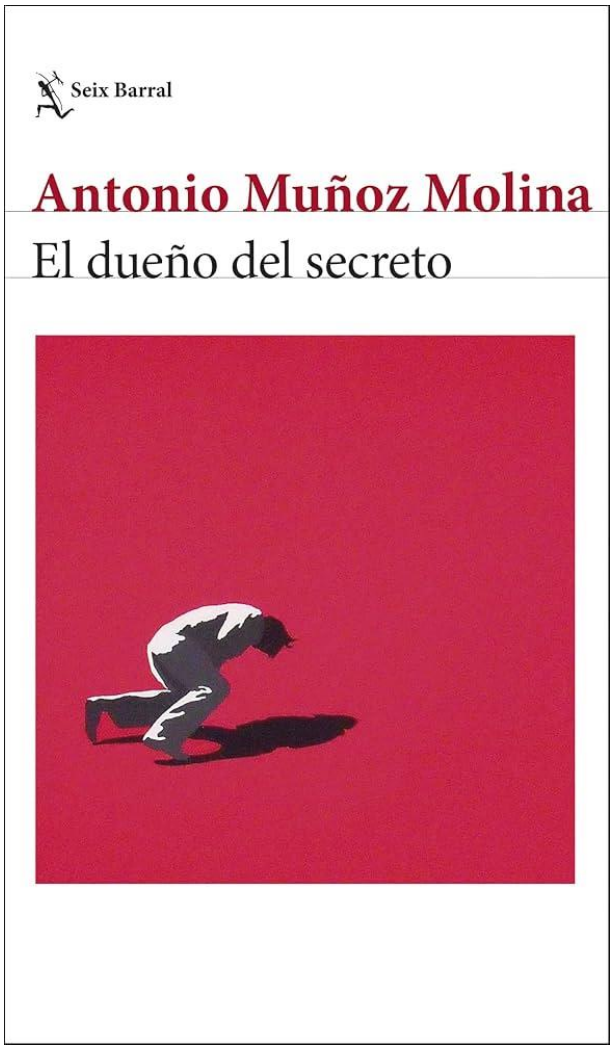


NTONIO Muñoz Molina (Úbeda, 1956) es un escritor, novelista y periodista, miembro de la RAE desde 1995, que recibió el premio Príncipe de Asturias de Literatura en 2013.

Entre sus obras destacan *Beatus Ille* (1986), *El invierno en Lisboa* (1987) —por la que recibió el Premio de la Crítica y Nacional de Narrativa—, *El jinete polaco* (1991) —con la que obtuvo el Premio Planeta—, *Beltenebros* (1991) —llevada al cine por Pilar Miró con notable éxito—, *El dueño del secreto* (1994) o *Plenilunio* (1997) —también convertida al cine—.

La novela, intensa y escrita con una prosa ágil y fluida, sin concesiones a ninguna floritura, es un monólogo evocador del protagonista, cuyo nombre curiosamente omite el autor, y con muy pocos diálogos, detallando su precaria vida en

Madrid, su candidez, sus ilusiones y temores, la ajetreada relación con su protector y el sentimiento del pueblo que atisbaba un próximo cambio político aferrándose a utópicas revoluciones.





Una tarde con Julian Barnes



Pravia Arango

La cita es a las siete, pero a la cinco y media ya ocupo un asiento en primera fila porque dos mil ochenta y dos personas tienen la invitación para escuchar al escritor. Algunas aprovecharán todo lo que dice; por ejemplo, escribir literatura es decir la verdad independientemente de que se pretenda cambiar el mundo o no. Sin ir más lejos, Flaubert, su escritor favorito, no creía en el elemento transformador del arte. Otros asistentes se quedarán con el traspié de Barnes en el escenario —al día siguiente la reina Letizia cayó en la cubierta de un barco— o lo envejecido que parece. Seguro, seguro que a las pocas horas habrá asistentes que no recuerden el nombre y solo mencionen a alguien que empieza por jota (uso esta anécdota que maneja Barnes a propósito de los hijos de Noé en *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*). Así somos los humanos —y vuelvo a una analogía del británico para elegir sus temas—, el hombre es una compostadora que va acumulando residuos y con eso fabrica un compost productivo.

A las siete y cinco aparece en el escenario Julian Barnes. La gente aplaude. Es generosa con el aplauso porque agradece la presencia humana: aún la IA no ha tomado el control. Es un acto de humanos para humanos. Por eso a Barnes le cansa la IA, no la teme. Solo es imitativa, no creativa, aún no maneja el fino humor británico cuando dice: "Si quieres mantener la pureza de tus novelas, no las vendas para hacer películas y series. Si lo haces y coges el dinero, sé estoico con los resultados, porque los directores te piden consejo, pero hacen lo que quieren".

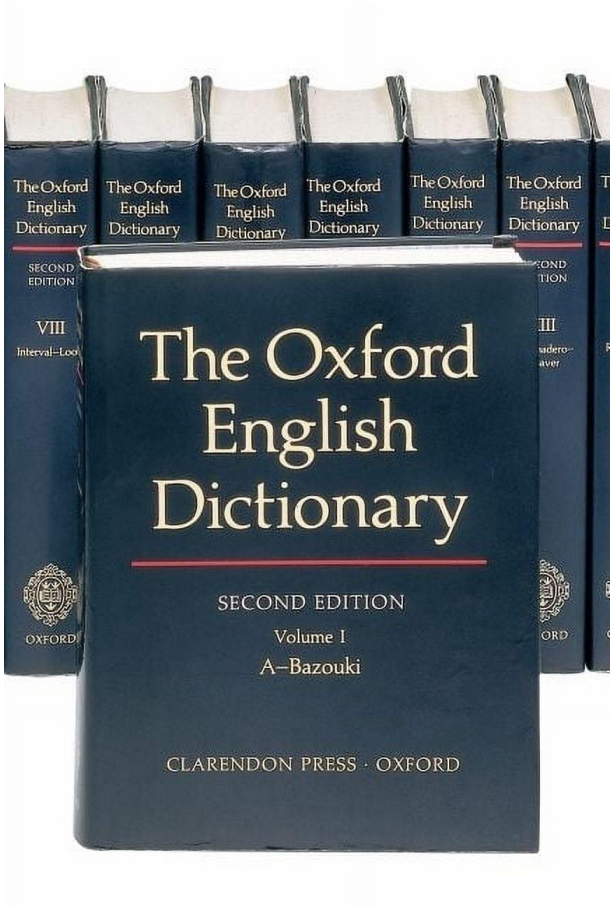
Barnes. Pragmático. Irónico. Honesto. Más humor británico. "No lo olvidaré nunca", responde con sonrisa ladeada a una lectora que tras una introducción tediosa y pedante —que se note que soy de sobresaliente— quiere saber cómo recordará el premio.

En la sala hay silencio absoluto. Desde la pandemia la gente no tose. Dos mil y pico almas, respirando al mismo tiempo, y pendientes (más o menos) de las palabras de una. Recuerdo que veinte años atrás todo era distinto: susurros, "abreycierra" de bolsos, toses, gente que se levantaba al baño y regresaba levantando, a su vez, a gente "perdón, perdón, perdón", celofán crujiente de caramelos, "clin-clin de la caja de juanolas", toses y toses en un diálogo retroviral sin fin.

Recuerdo. Memoria. Soy vieja y me falla. Memoria: tema recurrente entre viejos. Y Barnes habla de ella con otra analogía: la zona del cerebro donde se aloja la memoria es el cuartel general de los espías y la organización

solo le dice al espía de campo lo que debe saber de su misión. Así pues, la memoria no es fiable. Es más imaginación que recuperación de datos. Se degrada, cambia, resulta extraña y maleable. Por tanto, no doy un céntimo por mi recuerdo de una sala de gran aforo hace veinte años.

A preguntas tópicas, respuestas originales. Así fue, es y será. Le piden a Barnes títulos de libros para llevarse a una isla desierta y responde que los tomos del diccionario Oxford. Llevarse un diccionario a un sitio donde estás solo, de entrada, parece como cargar con hielo para el Ártico. Bueno, le doy otra vuelta. A ver. Vale. Tal vez la lengua sea nuestra forma de estar en el mundo, de nombrarnos, de pensarnos, de reconocernos aun solos. Puede que Barnes machadiano converse con el hombre que siempre va con él, aunque no necesite el secreto de la filantropía.



Vuelvo a la sala de dos mil cuerpos y seiscientas almas; estas escuchan sin perder ripio las reflexiones de Barnes sobre el arte y el poder. Un ejemplo. “Hay que establecer una estrategia, un compromiso. Shostakovich lo vio claro y pudo componer la música que quería y la que le imponía el régimen. Para mí el cobarde practica un heroísmo más fuerte que el héroe”. Lo dice a propósito de *El ruido del tiempo*. Estoy convencida de que a las seiscientas almas esta reflexión los roerá, desazonará, inquietará, turbará y perturbará. Al resto, “nada te turbe, nada te espante”. Shostakovich será otro de los premiados.

Y Barnes, admirador de Simenon, escritor de novela negra que no vende —bajo el seudónimo de Dan Kavanagh—, incluso autor de un libro de cocina, se fue y nos dejó con la imagen de un señor mayor, perspicaz, inteligente, pragmático, con humor inglés y que sabe que una retirada a tiempo…

De ahora en adelante, sopitas y buen vino, Julian. Visita Granada, por ejemplo, es lo que toca.





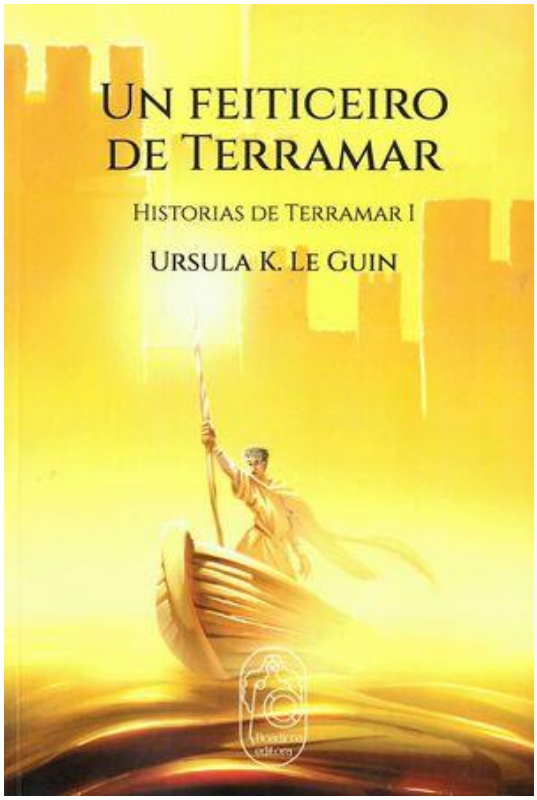
Historias de Terramar

índice



Eugenio Piñeiro Mejuto

¡BIENVENIDO a Terramar, intrépido lector! Se trata de un conjunto de archipiélagos en donde Ursula K. Le Guin sitúa sus *Historias de Terramar*. En el presente artículo comentaré los seis primeros libros de esta saga literaria, que han sido publicados recientemente en gallego por Boadicea editora. Es decir, que estoy hablando de una edición que se aparta del lenguaje medieval expresado en las ediciones en castellano de estas obras, con lo que la versión gallega resulta mucho más fiel a la versión original en inglés. Sin embargo, como no quiero hacerme un lío con las distintas traducciones, en la presente reseña utilizaré los nombres propios que aparecen en las ediciones de Boadicea. Si ustedes desconocen Terramar, o quieren volver a sumergirse en este mundo plagado de viajes marítimos y hechizos mágicos, aquí tienen una oportunidad de descubrir, o redescubrir, esta saga literaria.



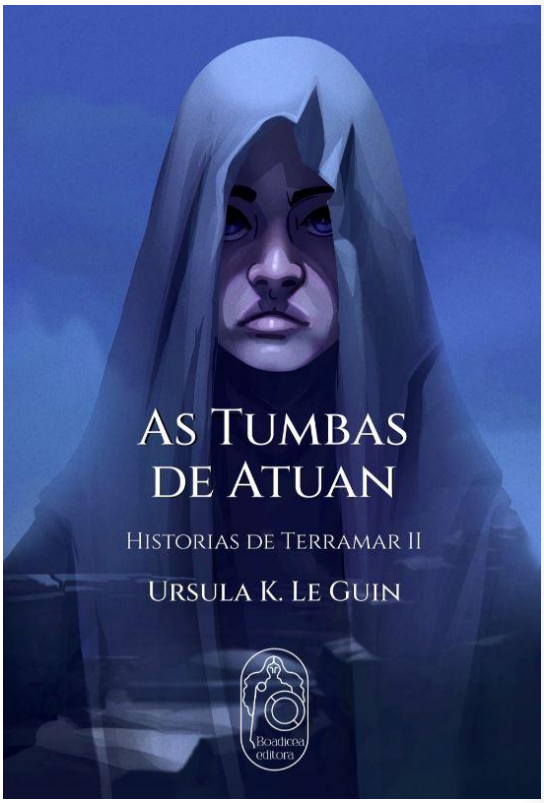
El primer libro se titula *Un feiticeiro de Terramar*, y narra la historia de inicio del hechicero Gavilán, que empieza siendo un chaval de origen humilde (hijo de un herrero de bronce), nativo de la isla de Gont. Durante sus tempranos años de infancia, descubre que presenta cierta afinidad con las fuerzas mágicas de su isla en particular y de Terramar en general. Tras ser iniciado en las artes mágicas por una bruja local, Gavilán usa sus humildes habilidades para ayudar a rechazar un ataque de saqueadores provenientes de las Tierras de Kargad. A raíz de esta victoria, Gavilán pasa a ser discípulo del hechicero Ogion, pero, hastiado de la vida de ermitaño de su maestro, Gavilán decide emigrar a la isla de Roke, con la intención de ingresar en su escuela de hechicería. Pues en Terramar, los hechiceros son tan importantes como lo son para nosotros un científico o un médico.

La lectura de este cuento puede llegar a ser pesada, pues la autora hace especial hincapié en sembrar sobre los fundamentos de la magia que rige en Terramar. Mientras que en nuestra vida real el control de la tecnología está fundamentada en el dominio de las matemáticas, en Terramar, el control de la magia está basada en el lenguaje, en concreto, en saber o adivinar el verdadero nombre de las cosas, de los seres vivos o de las personas. Es como si el universo fuera un programa informático y los hechiceros tuvieran que adivinar los códigos necesarios para acceder a los algoritmos que rigen las fuerzas de la naturaleza. Es un aprendizaje que el lector también tiene que realizar, junto con Gavilán, para poder comprender cuáles son los límites de la magia tejida por los hechiceros de Terramar, los cuales venden sus servicios al mejor postor, cuando no vagabundean por el archipiélago pidiendo techo y comida a los lugareños a cambio de algún hechizo necesario.

Durante sus estudios en la escuela de Roke, a raíz de la rápida progresión de Gavilán como hechicero y de una confrontación con un compañero de estudios, nuestro protagonista realiza un hechizo de invocación de los muertos que termina atrayendo hacia él una antiquísima fuerza oscura de Terramar, una sombra que carece de nombre y que deja a Gavilán muy mal herido tras esta primera y accidentada confrontación. Pues esta sombra sin nombre (que ni siquiera el hechicero más poderoso puede derrotar, precisamente porque carece de nombre) acecha a Gavilán durante sus siguientes años de vida, en donde, tras recuperarse de sus heridas y dar por terminados sus estudios, tiene que ejercer su profesión de hechicero en las Noventa Islas. Es entonces cuando, temiendo volver a ser atacado por esa terrible sombra en un momento de debilidad, Gavilán decide hacer frente al dragón de Pendor, porque Gavilán todavía está fuerte para desafiar a este gusano y sus vástagos, que amenazan las vidas de los habitantes de la región. Irónicamente, Gavilán decide luchar con este dragón, porque le mete mucho menos miedo que tener que volver a vérselas con esa misteriosa sombra que lo acecha.

Pero tras luchar con el dragón, Gavilán se ve obligado a partir para hacer un nuevo viaje por Terramar, con la finalidad de encontrar el verdadero nombre de la sombra que lo acecha. Es un viaje no carente de trampas y escaramuzas, en el que el hechicero Gavilán tiene que usar sus poderes y habilidades mágicas para salvarse y abrirse paso. Es un retorcido viaje que termina por llevarlo más allá del Confín Oriental de Terramar, en un mar inexplorado, en donde Gavilán llega a plantearse si el mundo de Terramar es redondo o plano, o en donde los hechiceros de Terramar pierden poder por no estar conectados con las energías de más allá de Terramar o, simplemente, por desconocer el lenguaje y los verdaderos nombres de más allá del mapa.

¿Y cómo consiguió Gavilán derrotar a la sombra que le acecha? Averígüelo leyendo *Un feiticeiro de Terramar*, de Ursula K. Le Guin y publicado por Boadicea editora.



El segundo libro se titula *As Tumbas de Atuan* y narra los primeros años de vida de Tenar, considerada la reencarnación de la suma sacerdotisa Arha, la Devorada, que está destinada a regentar un antiquísimo santuario situado en la isla de Atuan, que forma parte del imperio de Kargad. A los seis años de edad, Tenar es separada de su familia, integrada en una congregación religiosa y sometida a un ritual para convertirla en Arha. Desde entonces, vive confinada en el antiquísimo santuario de los nueve *Sin Nombre*, en donde descansan en sus tumbas megalíticas.

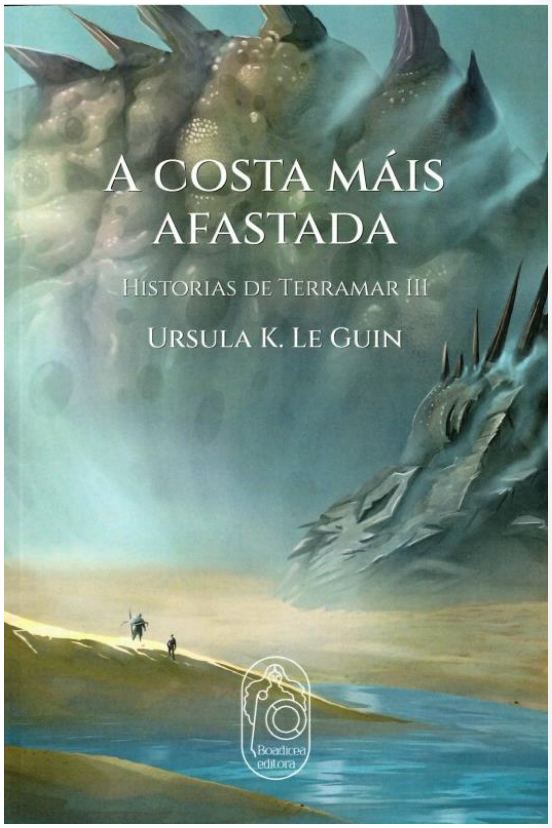
Capítulo tras capítulo, se nos describen los detalles de este santuario y de la idiosincrasia del lugar. Se nos muestra una serie de rituales religiosos que se continúan haciendo en nombre de los *Sin Nombre*, los cuales se siguieron realizando durante siglos y milenios, siempre con la sacerdotisa Arha al frente. Viejas tradiciones como la de que el recinto central de las tumbas solo está permitido para mujeres o eunucos, o de que la suma sacerdotisa es la única persona que tiene acceso al laberinto subterráneo de las tumbas, además de los bailes y rituales que se perpetúan en el tiempo sin saber muy bien el porqué. Es una vieja tradición que convive con otras más recientes, debidas a que el gobernante de turno de Kargad recibe el tratamiento de Dios-rey, igualándolo a los *Sin Nombre*.

Y la pequeña Arha crece en este santuario, aprendiendo (¿o recordando, por ser su reencarnación?) los deberes y obligaciones de la suma sacerdotisa. Lo que estaría bien si no fuera porque tiene que decidir sobre el funesto destino de los prisioneros de Kargad traídos al santuario, condenándolos a muerte por cumplir con las estrictas normas y leyes que rigen las Tumbas.

Así que Arha crece en este pequeño microcosmos de Terramar, advirtiendo que está atrapada en una red tejida con rituales religiosos e intrigas políticas. Está condenada a ser la suma sacerdotisa durante el resto de su vida. Hasta que, a los quince años de edad, descubre que el mago Gavilán (protagonista de la primera novela) ha entrado en el laberinto subterráneo como un intruso en busca de un valioso tesoro...

En definitiva, me gustó más *As Tumbas de Atuan* que *Un Feiticeiro de Terramar*, por ser una obra que aborda la problemática de los dogmas de fe y de la corrupta relación entre religión y política.

¿Y cómo consiguió rescatar Gavilán a Tenar de su enclaustrada vida cisterciense? Tendrá que descubrirlo leyendo *As tumbas de Atuan*.



En el tercer libro, *A costa máis afastada*, un misterioso mal acecha Terramar; los magos de las islas externas están perdiendo sus poderes mágicos. A raíz de esta inquietante epidemia, el príncipe Arren acude a Roke a dar el mensaje de este síndrome de incapacidad que también está afectando a los magos de su isla, Havnor, situada en el centro del mapa de Terramar.

Y a este problema se tiene que enfrentar el mago Gavilán, el cual, después de las peripecias vividas en *Un feiticeiro de Terramar* y *As tumbas de Atuan*, además de otros varios años de viajes y aventuras (que ya se contarán en otra ocasión), ocupa el actual y más que merecido puesto de archimago de Roke.

Así pues, en esta tercera entrega de *Historias de Terramar*, Gavilán ya es, por fin, el típico mago viejo, de unos cincuenta años de edad, que ya ha alcanzado el culmen de su carrera como hechicero. Y si el lector ha leído las dos anteriores entregas, ya conocerá los pormenores del arte de formular hechizos en Terramar y, por lo tanto, ya adivinará que esta pérdida de poderes que aqueja a las islas externas está ligado al olvido del uso de la lengua antigua, una amnesia de conocimiento que experimentan todos los afectados por este misterioso mal.

Siendo archimago de Roke, lo lógico hubiera sido que Gavilán delegara a un subordinado la tarea de investigar el porqué de esta desconexión epidémica con la magia. Pero en lugar de ello, Gavilán decide adoptar viejas costumbres y encargarse él mismo de resolver este misterio, reclutando al príncipe Arren para que sea su compañero de viaje.

Se inicia así una nueva travesía por el archipiélago de Terramar, en donde Gavilán y Arren tendrán que vérselas con esclavistas de Hortaburgo, la locura de Lorbanerry y los indígenas asalvajados de Obehol. Es un viaje que los llevará, de nuevo, al mar abierto de fuera del mapa, en donde serán salvados y acogidos por una exótica tribu que vive en balsas, mencionada en una de las leyendas citadas en el segundo libro.

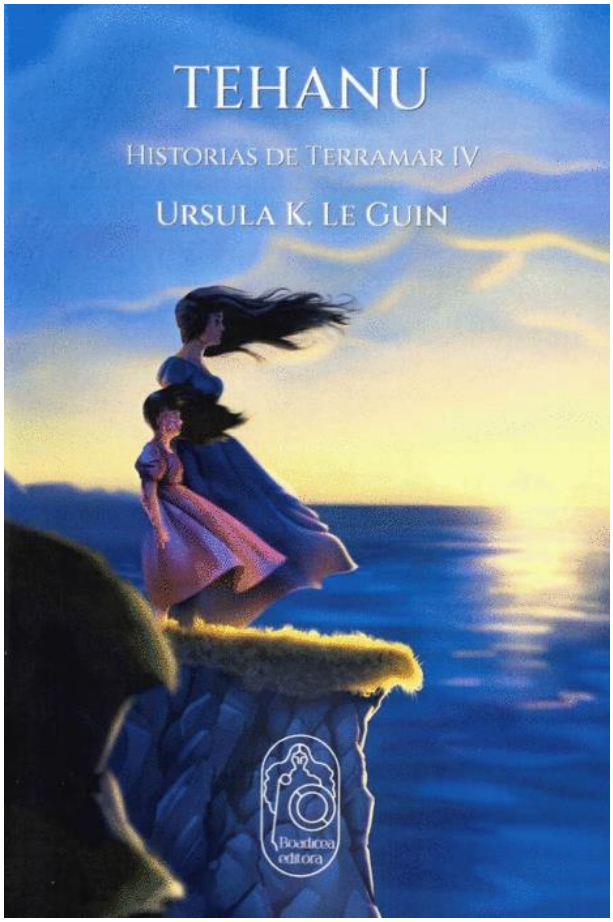
Y durante esta accidentada aventura, ambos pasajeros advierten que este mal no afecta solamente a magos, sino también a artesanos, artistas, agricultores y pescadores, que de pronto olvidan cómo fabricar sus productos, cómo componer nuevas obras, cómo cultivar y cosechar, o cómo tejer redes y pescar. Incluso me afectó a mí mismo, que llegué a creer que mi apellido estaba mal escrito y que debía de tener una *n* intercalada que nunca tuvo. No tardan en descubrir que el culpable de este síndrome de incompetencia parece ser un nigromante, un mago que cruza el umbral de la muerte a voluntad, y que les arrebata las habilidades a la gente a cambio de quitarles el miedo a morir. Es curioso que los habitantes de Terramar tengan miedo a la muerte, cuando saben a ciencia cierta, gracias a las invocaciones de los magos, que hay existencia tras la muerte. Pero este es un tema que se desarrollará con mayor profundidad en los siguientes libros.

Por esta razón, Gavilán decide encargarse él mismo de este nigromante, porque él ya había cruzado este umbral en el primer libro. Y también, ha decidido ir acompañado por el joven Arren, un valiente príncipe que lo ayudará en sus horas más oscuras en el reino de los muertos.

Es un enfrentamiento que se precipita cuando Orm Embar, el dragón de Selidor, acude en busca de la ayuda de Gavilán, pues los dragones de su isla también están afectados por el síndrome provocado por la perversa influencia del nigromante. Un viaje que termina en el límite occidental de la isla de Selidor, que es, como indica el título de este libro, la costa más apartada, en donde tendrán que encararse con una vieja leyenda de Terramar resucitada bajo la forma de un terrible espectro, antes de entrar en el reino de los muertos y entre los dos hacer frente al nigromante.

¿Y cómo consiguió Gavilán exorcizar esta nueva amenaza? Descúbralo leyendo *A costa máis afastada*. No obstante, a partir de este libro, los hechos descritos en los siguientes

libros se van sucediendo, como podrán comprobar a continuación.



Quemada, agredida y violada. Así encontraron la dama Goha y su amiga Laverca a la pobre y pequeña Therru. Y así empieza *Tehanu*, el cuarto libro de historias de Terramar.

En esta novela se retoma la trayectoria vital de Tenar, la mencionada dama Goha. Han pasado veinticinco años desde que Tenar abandonase las tumbas de Atuan con la ayuda del mago Gavilán. Nos encontramos con que Tenar, después de haber devuelto el anillo de Arreth-Akbe a Havnor, en lugar de haber llevado una vida académica dedicada al estudio, decidió emigrar a Gont, la isla natal de Gavilán, para casarse con uno de los lugareños, tener un par de hijos y vivir de sus labores en una granja. En otras palabras, que la heroína feminista de Terramar es igual que una de esas manifestantes del 8M que portan una pancarta que dice *No quiero ser valiente. Quiero estar a salvo.*

No obstante, este estilo de vida, de antigua y famosa sacerdotisa Arha reconvertida en la humilde y anónima granjera Goha, la lleva al punto de inicio de la presente obra. A estas alturas del partido, Tenar goza de su anonimato, ya ha criado a sus hijos y ya ha enviudado. Es entonces cuando su amiga y vecina le avisa de que una cuadrilla de malandrines ha castigado y quemado viva a una pobre niña. Y contra todo pronóstico, gracias a la ayuda de la bruja del pueblo, consiguen salvar la vida de esta niña, aunque ha quedado marcada de por vida, con la mitad derecha de su cuerpo cubierta por una fea quemadura. Es entonces cuando Tenar la bautiza como Therru y la adopta.

En este punto inicial del relato, nos hallamos en el último año en que el síndrome descrito en *A costa máis afastada* estaba causando estragos en las islas exteriores de Terramar, y afectaba también a la magia de Gont. Por este mismo motivo, los índices de criminalidad se estaban disparando. Ante el paulatino debilitamiento de la magia de los magos, los señores carecían de autoridad para administrar justicia, lo que a su vez provocó un vacío de poder que enseguida fue aprovechado por los piratas y demás delincuentes de Gont y alrededores. Por esta razón, Therru fue *castigada* por malandrines y su curación no ha sido del todo completa, y quedó marcada de por vida.

Un año después, Tenar, siempre acompañada por Therru, acude a la cabaña del hechicero Ogion para cuidar de él durante sus últimos días de vida. La muerte de viejo de Ogion coincide en el tiempo con la victoria de Gavilán sobre el nigromante del anterior libro. Se puede adivinar que se produce esta sincronía por las palabras emitidas por Ogion con su último aliento, algo de que todo había cambiado y de que Therru va a ser temida por la gente. Además, días después del funeral de Ogion, Tenar recibe la visita del dragón Kalissin, que porta en su lomo a un debilitado Gavilán, agotado por culpa de su enfrentamiento con el nigromante en los

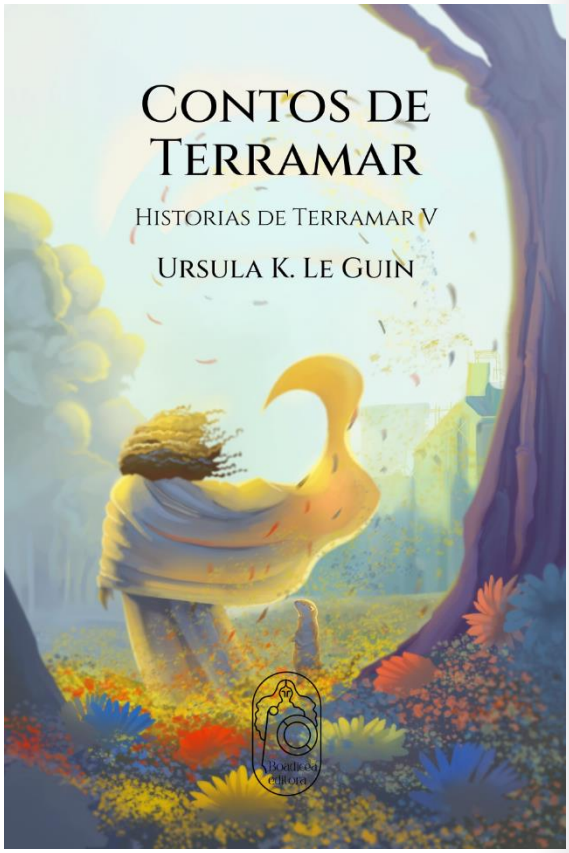
territorios de la Muerte. Es un momento que se articula con el final del tercer libro, y sitúa al lector en la fecha en que se desarrolla la presente historia.

Puede que *Tehanu* no sea la típica aventura de magia y viajes por mar de la saga de Terramar. De hecho, está lleno de guiños nostálgicos para el lector, casi toda la acción transcurre en la isla de Gont, y consiste en describir las labores domésticas y agropecuarias de Tenar, tanto en la cabaña de Ogion como en su propia granja.
No obstante, el libro consigue entretener. Para empezar, el lector es testigo de las primeras gestiones de Arren, el nuevo rey de Terramar, cuya coronación pone fin a siglos de hegemonía mágica por parte la escuela de hechicería de Roke. Gracias al nuevo rey, todos los pillastres, malandrines y piratas del archipiélago empiezan a ser apresados y ajusticiados, lo que provoca que los demás delincuentes se replanteen su vida y dejen de hacer daño a sus semejantes.

También hay un capítulo en donde Tenar está a punto de sufrir un allanamiento de morada en mitad de la noche. Una terrorífica situación de la que sale ilesa gracias a la providencial actuación de Gavilán, el cual, a pesar de carecer de poderes mágicos, consigue neutralizar a uno de los allanadores y poner en fuga al resto del grupo.

No quería terminar la presente reseña sin resaltar el reforzado carácter feminista que presenta *Tehanu*. Por primera vez, la autora se cuestiona, a través de las divagaciones de Tenar, el porqué de las diferencias entre la magia ejercida por brujas o magos. Además, el antagonista de esta novela, seguidor confeso del citado nigromante, es un hechicero abiertamente misógino. Lo demuestra el odio y desprecio que muestra por Tenar, haciéndola víctima de sus perversos maleficios...

¿Conseguirá Gavilán recuperar su poder? ¿Podrán hacer frente a esta nueva amenaza? ¿O qué va a ser de la malograda Therru? Descubrirá las respuestas a estas y otras preguntas leyendo *Tehanu*.



¿Y por qué no hay mujeres ejerciendo de hechiceras? Es una de las preguntas que se intenta contestar en *Contos de Terramar*, la quinta entrega de *Historias de Terramar*. En este nuevo libro, en lugar de continuar con la trama de *Tehanu*, se nos muestra una recopilación de relatos cortos ambientados en Terramar que ayudan al lector iniciado a formarse una imagen más sólida sobre esta fantasía medieval, al mismo tiempo que el no iniciado puede empezar a leer estos libros con esta quinta parte, para que se anime a embarcare con las cuatro anteriores entregas. Así que, como diría Jack, el Destripador, vayamos por partes:

El primero de los cuentos se titula “O Buscador”, un relato que nos lleva a la época

oscura de Terramar, que empezó con la muerte de Maharion, su último Rey. Nos sitúa en una era dominada por señores de la guerra, piratas y nobles isleños, que se valen de los poderes de los magos para asentarse en el poder y cumplir sus más mezquinos deseos. Este cuento nos relata la biografía de un joven inicialmente llamado Lontra, el cual, a pesar de poseer el raro don que le confiere poderes mágicos, también sufre la tiranía de un pirata ascendido a señor local, y su mago, obsesionado con adquirir la inmortalidad a través de la ingesta de mercurio. Menciono esta peculiaridad, para denotar el grado de superstición e ignorancia que imperaba en esta era oscura. Es cierto que, en nuestro mundo, el real, hubo gente que intentó adquirir la inmortalidad con la ingesta de mercurio. Pero hoy en día sabemos que el mercurio es un metal líquido venenoso. Y sucede tres cuartas partes de lo mismo en Terramar, lo que indica al lector el nivel de decrepitud intelectual en que se ha llegado por culpa de la muerte de Maharion.

Gracias a la ayuda de una inesperada aliada, Lontra consigue huir y escapar de sus opresores, lo que le lleva a la centralizada y aislada isla de Roke, protegida por magia ancestral. Es entonces cuando se nos cuenta que los oriundos de Roke deciden formar una escuela de magia y hechicería, para ocupar el vacío de poder que había dejado Maharion con su muerte, y contrarrestar así las atrocidades egoístas cometidas por los piratas, señores de la guerra y demás chusma que imperan en las distintas islas.

Así es como Lontra adquiere el papel de Buscador. Camuflado como un humilde mercader, navega entre las islas de Terramar en busca de individuos que presenten poderes mágicos, pero que no saben cómo desarrollarlos por carecer de la formación académica apropiada, para después transportarlos en secreto a la isla de Roke. En esta parte, me hizo especial gracia ciertas prácticas comerciales que ejercía Lontra con los tutores de los niños mágicos. Si los tutores entregaban a los niños para que pudieran estudiar en Roke, como si los mandasen a un internado, Lontra les pagaba con valiosas monedas de marfil. En cambio, si los tutores vendían a los niños a Lontra en calidad de esclavos, les pagaba con oro que, al día siguiente, se convertía en un montón de bosta de vaca.

A medida que crece la escuela de Roke y se desarrolla, afrontando sus primeros desafíos, como es la intentona de invasión militar por parte de un viejo conocido de Lontra, también se consolidan ciertas reglas, que afectan al siguiente cuento.

“Rosaescura e Diamante” es una historia de amor que, en un principio es un idilio juvenil entre Diamante, un rico heredero que presenta poderes mágicos, y Rosaescura, la hija de una bruja. Estamos en una época en la que la escuela de Roke ya es una institución consolidada, y trae la paz a Terramar. Por lo tanto, es evidente que Diamante tiene que ir a Roke para poder controlar sus poderes mágicos. No obstante, hay unas reglas que impiden que las mujeres ejerzan la magia en calidad de hechiceros, y que dictaminan que los magos tienen que ser célibes. Ante esta perspectiva, no es de extrañar que Diamante decida dejar sus estudios y volver a su isla natal para pasar el resto de su vida en compañía de su amada Rosaescura.

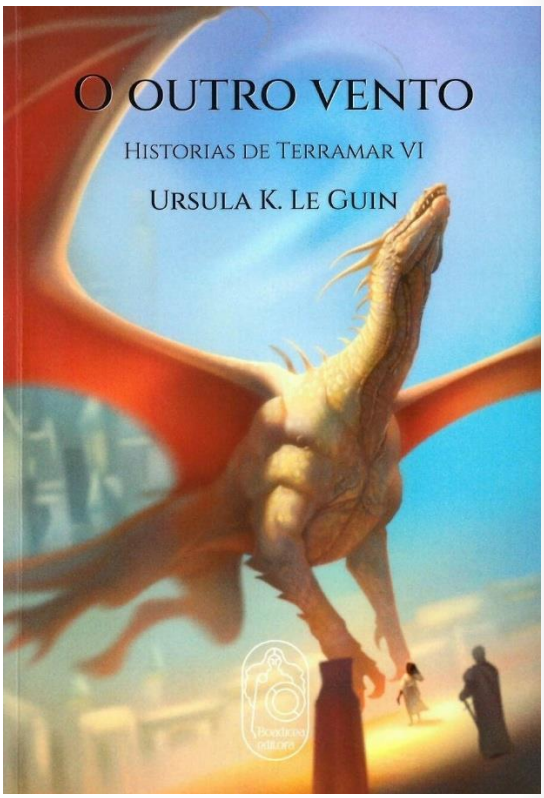
En “Os ósos da terra”, se nos cuenta la verdad que hay detrás de una de las leyendas locales de la isla de Gont, citada muy por arriba en los anteriores libros; el control de un terremoto por parte del mago Ogion, que impide así la destrucción de una de las aldeas más importantes de la isla. Es un relato épico que, sin embargo, resulta ser muy humilde. Porque, aunque Ogion ha participado en esta hazaña tan menesterosa, la verdad era que conllevó un gran sacrificio, una pérdida irreparable que explica, en gran medida, por qué Ogion es tan humilde

cuando en el primer libro acoge como aprendiz a Gavilán.

En “Na braña alta”, se nos relata la llegada de un misterioso mago a la isla de Semel, dedicado a combatir una peste que está aniquilando al ganado local. Es una historia en donde termina participando el arquimago Gavilán, y cuenta a su vez un relato sorprendente sobre uno de sus alumnos aventajados. Se trata de una de esas historias inéditas que dieron más fama a Gavilán en su carrera profesional como mago.

Y por fin, tenemos el cuento de “Libeliña”, que se puede situar al final de *Tehanu*. Narra la vida de una mujer de la isla de Camiño, la cual, tras haber sido seducida por un joven mago, que a su vez ha sido repudiado de Roke por su alergia al celibato, decide ingresar en la escuela de Roke. Con la irrupción de esta mujer en la escuela de Roke, se retoma un debate que se supone que había sido zanjado en la época en que se fundó esta academia de magia; que las mujeres no pueden ser magas, al igual que los hombres. Como mucho, pueden ser brujas, y aprender a usar el poder gracias al aprendizaje otorgado por otra bruja. Pero se les niega el conocimiento de la lengua verdadera, cuyo uso proporciona a los magos un gran poder. Aparte de la llegada de Libeluliña a Roke, el debate también viene dado por el ascenso del nuevo rey al trono de Terramar, motivo por el que todavía no se ha elegido a un nuevo arquimago que sustituya al desaparecido Gavilán, y se replantea cuál debe ser el lugar de Roke en el nuevo panorama geopolítico de Terramar. Es una discusión que termina de una manera tan abrupta como asombrosa, cuando Libeluliña les muestra a todos quién es de verdad...

Y, por último, pero no por ello menos importante, en este quinto libro hay una descripción de Terramar, cuyos datos nos ofrece una mejor comprensión de Terramar y de su idiosincrasia geopolítica y mágica. Hago especial mención en el relato de sus hechos históricos, conocidos por todos los habitantes de Terramar y mencionados superficialmente en los anteriores libros. Por fin se nos cuenta, con mayor detalle, las hazañas de Morred, el primer rey de Terramar, y Erreth-Akbe, el mago al servicio del último rey de Terramar, antes de los tiempos oscuros en que se fundó la escuela de Roke. Cabe destacar que Morred fue un gran mago que combatió contra un señor oscuro en batallas épicas, con la ayuda de su esposa Elfarran. También podríamos elucubrar sobre el porqué Maharion, el último rey de Terramar, no tuvo descendencia, tan unido como estaba al legendario mago Erreth-Akbe. Pero quería recalcar que es muy probable que, en la época de los reyes, también hubiera mujeres hechiceras (como Elfarran), y que lo magos no eran célibes (como Morred, que tuvo hijos con Elfarran), porque no temían que las mujeres les chupasen el poder al yacer con ellas. Entre esta impresión, y el sorprendente final del cuento de *Libeliña*, ya puedo hacerme una idea de cómo va a ser el futuro de Roke bajo el paraguas del nuevo rey de Terramar.



Acosado por el fantasma de su esposa, y por los horribles espíritus de todos los muertos de Terramar. Así son los sueños del conjurador Amieiro tras haber enviudado prematuramente. Y así es el detonante de *O outro vento*, la sexta novela de Terramar. En este libro, se siguen los pasos del atormentado conjurador, empezando por su llegada a cierta aldea de Gont, en donde logra encontrar al retirado archimago Gavilán, para que lo ayude a dormir sin sufrir el ataque de los muertos. No obstante, al carecer Gavilán de poderes mágicos, por haberlos perdido después de su careo con el nigromante unos quince años atrás, el antiguo arquimago solamente puede darle un consejo sobre cómo evitar que los muertos lo acosen en sueños; con la ayuda de un gatito como compañero de cama. Asimismo, Gavilán encomienda a Amieiro a que empiece un viaje a Havnor, la capital de Terramar, para unirse al nuevo rey, a Tenar y a Tehanu, esposa e hija adoptiva del propio Gavilán.

Porque las pesadillas necróticas del conjurador no son más que la punta del iceberg. Terramar está experimentando una nueva era convulsa que se está gestando. Por un lado, los dragones están invadiendo las islas desde el oeste. Por el otro, desde Kargad ha sido enviada una misteriosa princesa con la intención de ser desposada con el rey de Terramar. Y, al parecer, los tres sucesos están de alguna manera relacionados entre sí. Por consiguiente, se va formando un pintoresco grupo en donde se reúnen viejos y nuevos personajes, y se echa en falta la presencia del antiguo archimago, que se ha obstinado en permanecer en Gont para cuidar de su humilde granja.

Gracias a la habilidad innata de Tehanu para comunicarse con los dragones, el grupo queda completado con la llegada de Irian, la protagonista del cuento de “Libeliña” del anterior libro, un dragón dorado que recupera su forma humana para unirse a la expedición. El grupo no tarda en embarcar rumbo a la isla de Roke, sede de la escuela de hechicería y centro neurálgico de la magia de Terramar, en donde deberán evitar la inminente desolación que amenaza a todas las islas, al mismo tiempo que averiguan, mediante el análisis de antiguas leyendas de diferentes regiones, qué es lo que se ha estado haciendo mal desde que se empezó a hacer magia en Terramar.

Me resulta curioso cómo se resuelve esta trama al final, porque los distintos miembros del grupo tienen que redefinir sus creencias (¿religiosas?) con respecto a la existencia de ultratumba, para terminar tomando una decisión, aparentemente drástica, que acabará con un hechizo que llevaba siglos martirizando las ánimas de los muertos de Terramar… Me pregunto qué pasaría si, en el mundo real, alguien llegase a formular argumentos similares, con la finalidad de derrumbar nuestra actual cosmología de ultratumba.

Muertos que quieren saltar el muro que separa sus dominios de el de los vivos, dragones que atacan las islas del oeste, una misteriosa princesa de Oriente con intenciones poco claras… ¿Podrá este grupo, sin la providencial ayuda de Gavilán, evitar una futura era de desolación que amenaza la paz y la armonía en Terramar? Averígüenlo leyendo *O outro vento*, de Ursula K. Le Guin y publicado por Boadicea editora.



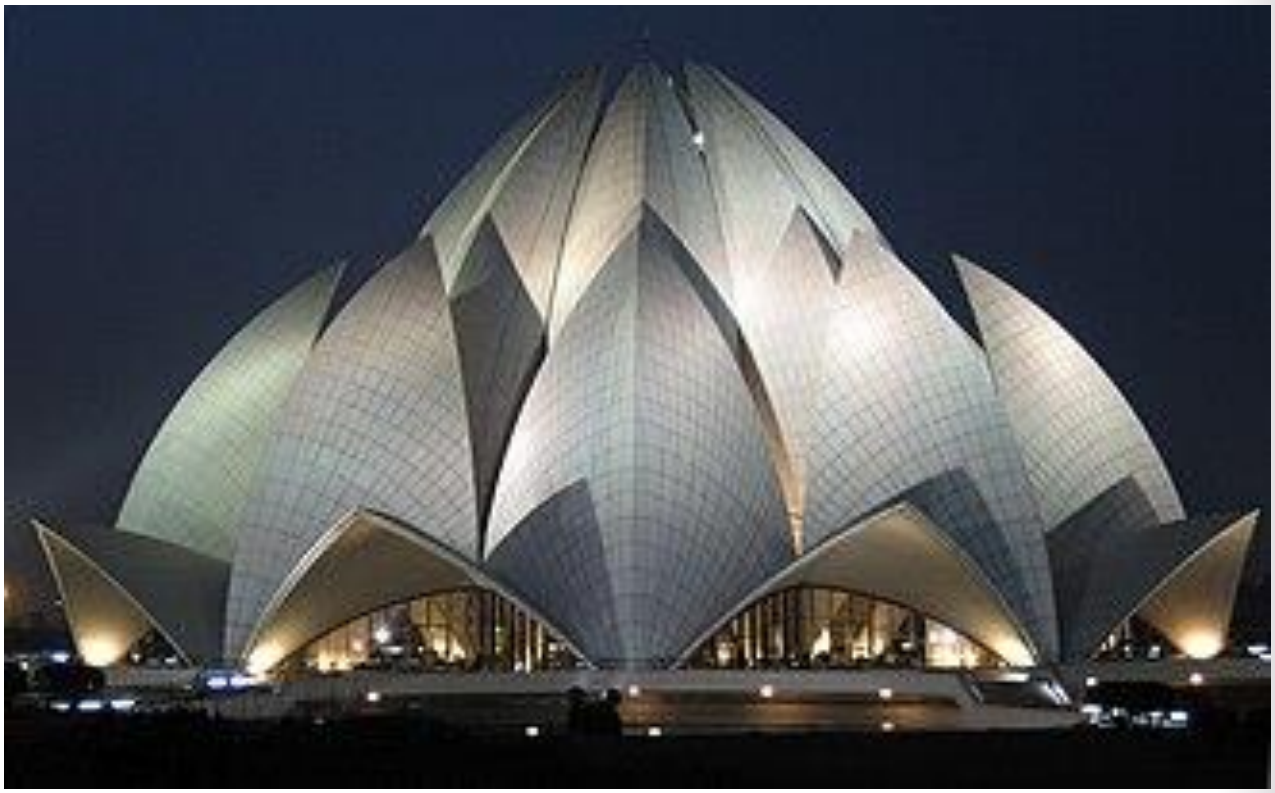
India

índice

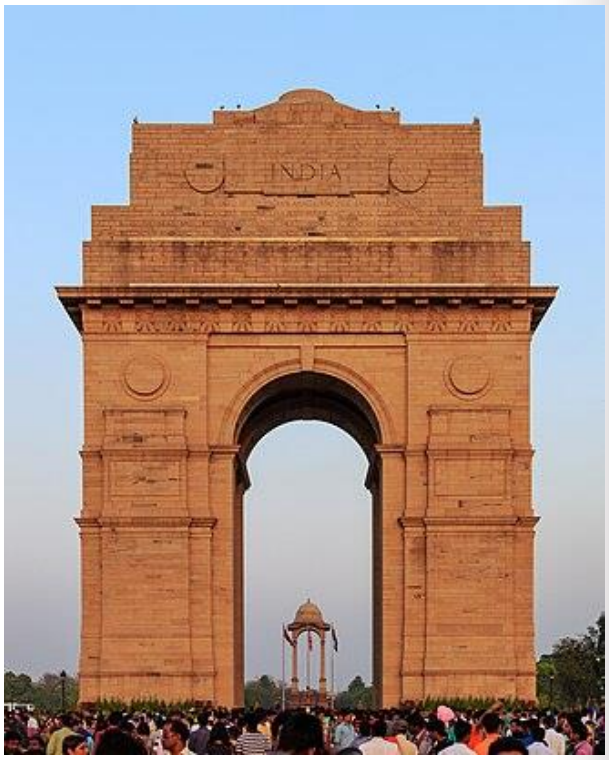


Osvaldo Beker

¿CÓMO contar lo que es tan distinto? Una *Weltanschauung* (me encanta emplear siempre este vocablo) que requiere un gran esfuerzo para intentar su representación exige a la vez no caer en la tentación del establecimiento de analogías. Voy al grano: India supera las expectativas. El mapa no es nunca el territorio. Una cosa es haber leído y visto películas y documentales. Otra cosa es sumergirse en sus calles colmadas de peatones y vehículos. Su población —oh, primera analogía— llega a multiplicar por veintisiete la de Argentina. Acá en Nueva Delhi, mi amigo Shehwazz me dijo que debo ir a Jaipur. Todo el mundo me insiste en ir a esa ciudad. Yo fui a Agra, para visitar una vez en la vida el Taj Mahal. Otro amigo, Tavta, me llevó a recorrer un predio que se destinó para un festival gastronómico en el que varios estands ofrecían comidas de distintas regiones del país. Precisamente la alimentación es un temita para mí: en tantos años nunca aprendí a comer. Con otro amigo local, Bhupesh, recorrimos la parte más próspera de Delhi, una con nombre en inglés: Connaught Place. Parece que los británicos se fueron y dejaron su impronta que se traduce en uno de los índices de miseria más importantes en el planeta Tierra. Todo hace pensar que el problema central es de naturaleza cuantitativa más el factor de que la India es un país con una poderosa desigualdad social. En Delhi me alojé en dos barrios, Paharganj y Saket. El primero es bien céntrico pero



arruinado. El segundo está más alejado, pero invita un poco más a la sensación de bienestar (*ma non troppo*). Gandhi está por todos lados, lo mismo que el metro, que es enorme y eficiente. Hay mucho de todo, mucha gente, mucho picante en la comida, mucha basura, muchos monos, muchas ratas, muchos templos, muchas bocinas, muchas estaciones de metro. Suena antitético que, en el país del yoga, el caos monopolice los sentidos. Visitar los emblemas nacionales implica pagar, para los extranjeros, doce veces más que para el bolsillo local. ¿Maniobra nacional y popular? El Templo del Loto se erige como una proeza del diseño arquitectónico. En cambio, el Fuerte de Akshardam se eleva incólume a pesar del paso de los tiempos. La Puerta de India es un gran arco en el centro de la ciudad cuya finalidad es la memoria por los caídos en las distintas conflagraciones bélicas en el siglo veinte. Evidentemente, lo que hice fue una especie de preterición: al final, más allá de que no quise hacerlo, con India "caí" en la tentación de establecer un par de comparaciones. No obstante, sé que son, va de suyo, ociosas.





Highlander (*Los inmortales*)

La eternidad, característica de los verdaderos principios del derecho



Diego García Paz

HIGHLANDER (Los inmortales) es una película cinematográfica estrenada en el año 1986, protagonizada, entre otros, por los actores Christopher Lambert y Sean Connery. De un éxito relativo en el momento de su estreno, con los años se ha convertido en un filme de culto, ya que ha superado abiertamente a sus más cuestionables secuelas, tanto para la gran pantalla como en formato serie. Fue precisamente en el ámbito doméstico donde esta primera película despuntó y adquirió una fama bien merecida. Su argumento, efectos especiales y banda sonora compusieron una producción que a día de hoy se conserva muy bien, dentro de la esencia tan especial que caracteriza a todas las obras artísticas de la década de los años ochenta del siglo XX.

Connor McLeod, del clan Mcleod (Christopher Lambert), bajo el nombre ficticio de Russell Nash, es un escocés inmortal que vive oculto en la ciudad de Nueva York, llevando una existencia tranquila y en cierta forma melancólica. Ha vivido durante muchos siglos y ha visto irse a seres queridos. Entre los de su especie, existe un tipo de atracción por la que se intuyen recíprocamente y que los llama a enfrentarse en duelos que deben concluir con la decapitación de uno de los dos adversarios, para que, de ese modo, solo uno de entre todos permanezca, y ese ser único será dotado finalmente de la sabiduría milenaria y conocimientos de los demás inmortales, para así ponerse al frente de la humanidad y dirigirla hacia una existencia brillante o hacia el terror, conforme fuera la ética de ese último inmortal.

Los recuerdos de Connor, expuestos en la película, rememoran al que fue su mentor, Juan Sánchez-Villalobos Ramírez (Sean Connery), español inmortal de raíces egipcias, al servicio del rey Carlos I, quien enseña al escocés —sin duda por ver en él el potencial del último inmortal— cómo pelear y comportarse en los siglos que le quedan por delante, siendo el ejemplo del buen maestro, en todas las áreas de la vida, pues antes él mismo experimentó las ausencias, las batallas, el dolor. Entre ellos se trabó un cariño inmenso, aun cuando eran muy distintos en su forma de ser. Ramírez era un hombre maduro, ya curtido por los siglos y sabedor de muchas cosas: desde el comportamiento del ser humano, la falsedad, el cinismo y las luchas por el poder, hasta los sentimientos que personalmente se generan al ver partir inexorablemente a los seres queridos, siendo, aparte, un consagrado espadachín. Connor era más ingenuo, más directo, más visceral que reflexivo. Atendió a todos los consejos de su maestro, menos uno: que no se casase con la que fue su mujer, porque la vería irse y le dolería inmensamente. El enemigo principal de Connor, tras la desaparición de todos los demás, fue El Kurgan, un inmortal monstruoso y gigantesco, de origen ruso y nacido en el primer milenio anterior a Cristo, encarnación de la inmoralidad, que había acabado sanguinariamente con miles de personas a través de guerras y con los inmortales que lo separaban de lograr ser él el definitivo, a excepción de Connor. El Kurgan también acabó con Ramírez, que

intentó defender el hogar de Connor mientras él no estaba, humillando posteriormente a su esposa. La batalla final, en el presente, entre los dos inmortales, encarnación del bien y el mal, tiene lugar en Nueva York, y Connor se alza victorioso, absorbe las experiencias y conocimientos de todos los inmortales que se encontraban en el interior de su rival, y se convierte así, felizmente, en el último de entre ellos.

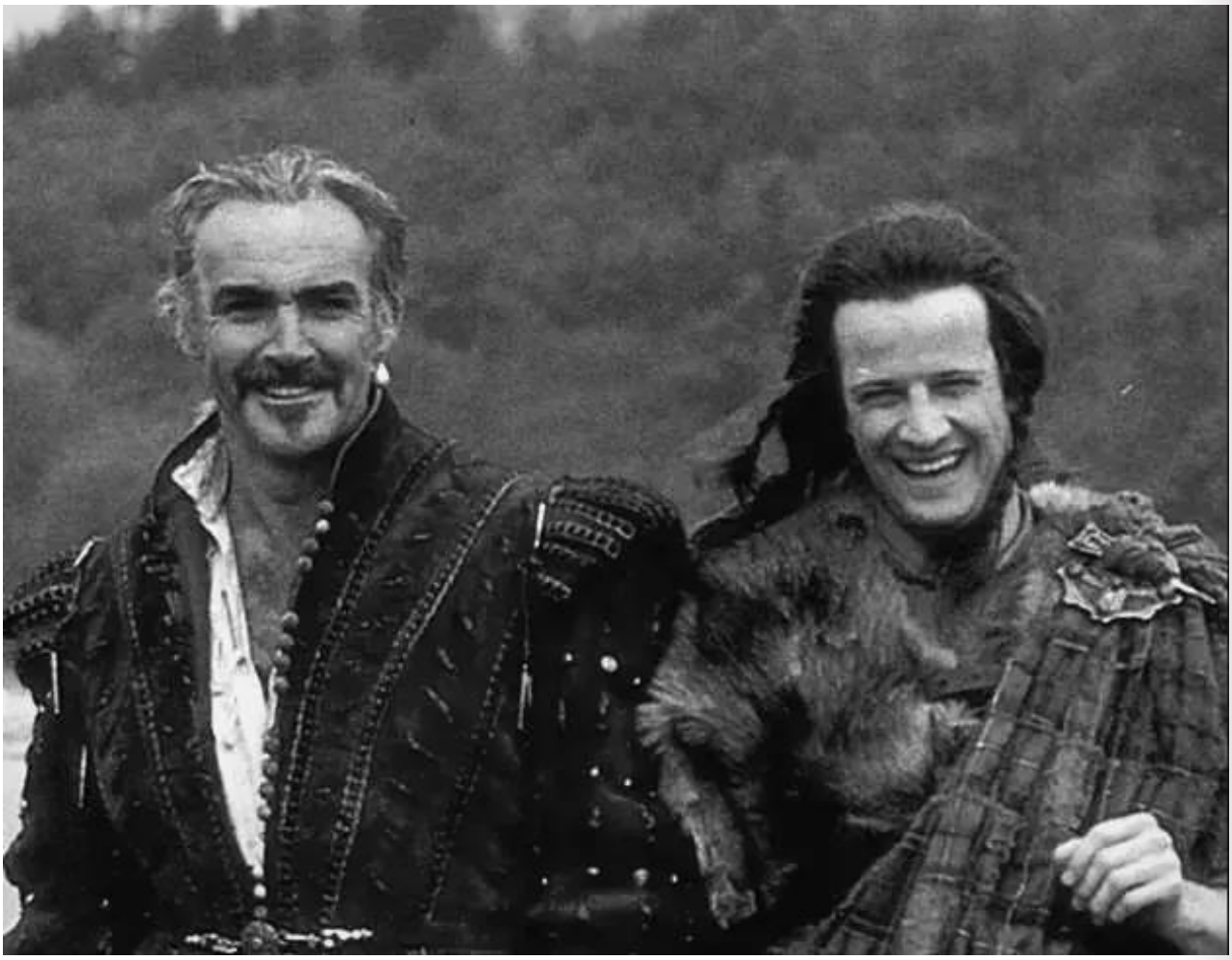


La historia narrada de esta famosa película me lleva a pensar sobre ciertos elementos aplicables al ámbito del derecho, y en esta ocasión sobre el concepto de eternidad en lo jurídico.

Dado que las normas jurídicas, leyes y costumbres, son, por sí mismas, atendiendo a su naturaleza, contingentes, transitorias, por más que algunas sean redactadas y promulgadas con una vocación de permanencia indefinida, el devenir de los tiempos y el avance de la realidad determina que esas fuentes del derecho no sean, en modo alguno, eternas. Desaparecerán, como quienes las redactaron y las sociedades en las que se aplicaron. Solo quedará de ellas un recuerdo, por desgracia en muchas ocasiones más malo que bueno, por la impericia o dolo de quienes se encargaron de hacerlas, y algunas veces ciertos ordenamientos o normas en concreto pueden, por su calidad intrínseca y extrínseca, generar una influencia positiva en el futuro derecho, y llegar a convertirse incluso en su armazón. Con tristeza, creo que se puede coincidir en que estas virtudes de algunas normas son propias de épocas remotas, y no atributos de las del presente; esto, solo ya desde lo formal, siendo innecesario, por su evidencia, entrar en consideraciones sobre el manifiesto ánimo nocivo que mueve a su promulgación.

El derecho, pese a su fugacidad en las variables de tiempo y lugar, sí cuenta con un solo componente estable que hace que la ciencia jurídica tenga una uniformidad, una consideración efectivamente como saber propio y diferenciado de otros. Este factor es inmaterial, no es tangible: la ética y los principios o valores esenciales. Sobre la base de toda norma escrita o costumbre existe un fundamento de corte filosófico que conlleva a que los valores prioritarios que constituyen a la humanidad como tal tengan su plasmación normativa y sea a través de esa mera forma como resulten obligatorios para quienes no tengan por sí solos el nivel moral suficiente para llevarlos a efecto sin necesidad de sanciones, de tal modo que la norma positiva no deja de ser un mero instrumento, la materialización de lo verdaderamente relevante para la humanidad. El derecho positivo es la encarnación, el cuerpo físico, de un derecho natural caracterizado por su eternidad, sede de los verdaderos principios generales del derecho, principios y valores que no pueden ser definidos sin referir su verdadera naturaleza metapositiva.

Pasarán leyes y gobiernos, algunos sumamente perjudiciales, como lo fue El Kurgan de la película; vendrán otros con mejor criterio y



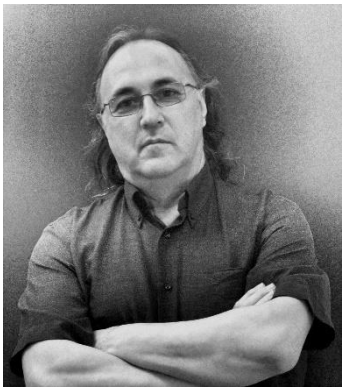
voluntad; pero, si algo ha de permanecer para siempre, al margen de que las puntuales normas lo reconozcan o no, pues todas ellas, tarde o temprano, perderán su vigencia —el equivalente jurídico a morir—, aquello que de trascendente tiene el derecho, del mismo modo que lo tiene el ser humano, pues derecho y humanidad son un mutuo reflejo, no desaparecerá nunca.

Del amanecer de los tiempos venimos. Nos hemos movido silenciosamente a través de los siglos, viviendo muchas vidas secretas hasta completar el número de los elegidos esperando la hora del combate final. La hora ha llegado: solo puede quedar uno…

Las truchas



índice



Miguel A. Pérez

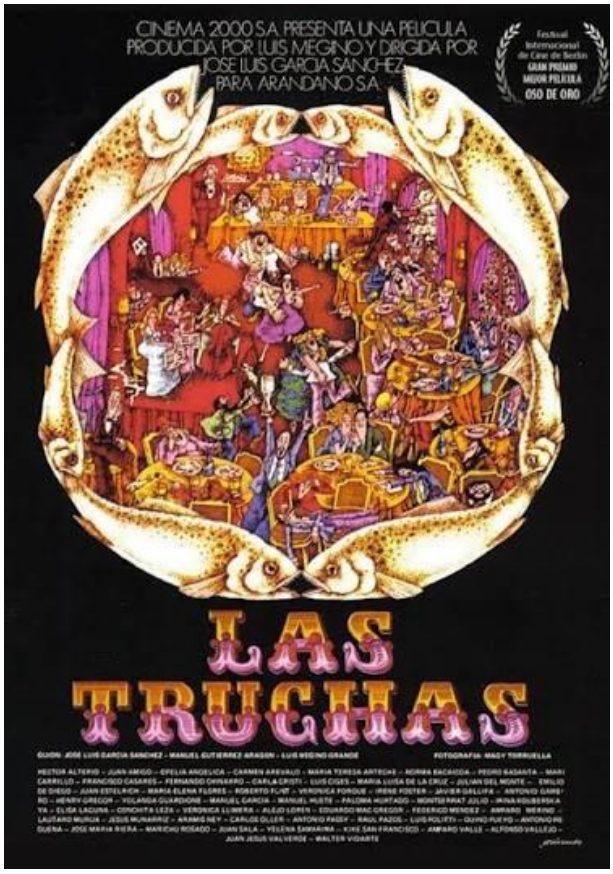
HACE pocos días que nos dejó el cineasta salmantino José Luis García Sánchez (22/9/1941-25/10/2026). Director, guionista, productor y, con algún escarceo como actor, el término "cineasta" encaja en su amplia trayectoria como anillo al dedo. Ganador de dos Premios Goya como guionista —uno, por guion original y otro, por guion adaptado—, de una Concha de Plata del Festival de Cine de San Sebastián, su cúspide llegó en una de sus primeras películas, *Las truchas*, cuando consiguió llevarse el Oso de Oro a la mejor película del Festival Internacional de Cine de Berlín de 1978, un premio de los de "campanillas" que, junto con la Palma de Oro de Cannes y el León de Oro de Venecia, constituyen los galardones más importantes de los festivales de cine en el contexto internacional.

Con un respaldo de ese nivel, lo normal hubiera sido que la película fuese un éxito, al menos, después de haber conseguido tal reconocimiento y, por supuesto, que no aparezca como una película olvidada de un cine español siempre raquítico y siempre necesitado de palmadas en la espalda. Pues la película pasó sin pena ni gloria y, con el tiempo, tampoco terminó resucitada como película de culto. De hecho, si se hiciese una encuesta entre espectadores, un amplio porcentaje no sabría de su existencia y, solo ahora, con el fallecimiento de su director y coguionista, ha habido un tímido repunte entre especialistas y se asoma con miedo a algunos foros y programas sobre la gran pantalla.

Aunque el resultado final haya sido diferente, ese anonimato inicial ocurrió con otros títulos que, al final, obtuvieron el reconocimiento que se merecían desde el momento del estreno. Es el caso de *Amanece que no es poco* (José Luis Cuerda, 1989) que, tras un comienzo taciturno, terminó por convertirse en una película de culto y que arrastra a cientos de "fanáticos" —los "amanecistas"— por las rutas del rodaje, a los mandos de Vespas con *sidecar*, para emular a Antonio Resines y a Luis Ciges, protagonistas iniciales del filme. La película de Cuerda es, sin duda, excepcional y su reconocimiento, merecido. Sin embargo, *Las truchas*, que comparte algunas de las características de aquella —humor absurdo, puesta en escena coral, guion surrealista— y que alcanzó un reconocimiento que solo han conseguido otros cinco filmes españoles, figura en un rincón olvidado de la historia del cine español.



Me voy a permitir desempolvar esta película, si no para hacer justicia, sí como reconocimiento póstumo a un gran cineasta que rodó en una época muy compleja de la historia de España una obra que bien podría haber llevado con orgullo la firma de Luis Buñuel o de Luis García Berlanga.



Aunque no me gusta contar "de qué va la peli", dada la distancia en el tiempo desde su estreno hasta la actualidad (casi medio siglo) y el desconocimiento general, haré un pequeño resumen del argumento: una sociedad de pescadores tiene su reunión anual en un lujoso restaurante, donde entregarán los premios a los socios más destacados y se comerán el fruto de sus capturas, un buen número de truchas que ha echado a tierra el pescador premiado con el galardón más importante. El problema es que las truchas están medio envenenadas porque fueron capturadas en una zona muy contaminada y a la salida de un colector. La imagen de los cocineros que salen de la sala de refrigeración con máscaras antigás termina por llevar el apestoso olor hasta el espectador. Aunque José Luis García Sánchez deja de un lado cualquier intención de mantener el suspense sobre un desenlace más que previsible y ni siquiera recurre a la idea de ocultar el problema a los protagonistas y dejarlo solo en poder del espectador, la sucesión de escenas disparatadas, de diálogos absurdos, de protagonistas inverosímiles ata al asiento a la espera de qué va a ser lo siguiente. Mientras, con un *travelling* casi infinito, recorre las mesas donde se sientan los personajes y produce una perfecta composición de la situación para hacer que el espectador se acerque a la pantalla con curiosidad. El desarrollo de las situaciones cuenta con el apoyo de una banda sonora exquisita, que forma parte del escenario en que se desarrolla la película, interacciona con ella y se constituye como una protagonista más, sobre todo cuando uno de los invitados —el banquero— asegura que él está allí para escuchar la música y espera con ansia el momento en el que se interprete la *Ciaccona* de Johan Sebastian Bach, una obra que siempre se interpretaba en las reuniones anteriores. La banda sonora evoluciona con su propia "trama musical" que se entrecruza con el resto de la historia, pasa por el bolero "Encadenados" y desemboca en un "Volver" de Carlos Gardel que no resulta nada inocente. Luego hablaremos de eso…

El marco en el que se desarrolla la acción es el de un restaurante que pretende representar a uno de los más famosos de la época, el madrileño Mayte Commodore, templo de tertulias e intrigas políticas durante el tardofranquismo y la transición en España y por el que pasaban los ministros de la época y lo más florido de la oposición en la clandestinidad, artistas, toreros y toda la nata de la sociedad de la época. Uno de los detalles que puede pasar desapercibido en el filme y que deja claro cuál es el escenario es el momento en el que el responsable del restaurante ordena retirar unas flores porque no están frescas. La dueña del Mayte Commodore, María Teresa Aguado Castillo —más conocida

como Mayte Aguado—, fue la gran transformadora de la puesta en escena de la restauración en España e introdujo la novedad de las flores naturales y frescas en las mesas de su local. También el motivo del que cuelga toda la película, la entrega de premios de pesca, empuja en la misma dirección para identificar el escenario con el restaurante real puesto que los Premios Mayte premiaban en aquella época la excelencia en tauromaquia y en artes escénicas —sí, como lo ha leído, tauromaquia y artes escénicas y no se pregunte qué tendrá que ver el culo con las témporas—, con lo que es fácil concluir que la película parodiaba ese restaurante.

En ese contexto escénico, los participantes en el evento también apuntaban en la misma dirección y el orden de llegada fija la importancia de unos y de otros: primero, los miembros del grupo de pesca —un muestrario de la sociedad de la época—; luego el "señor ministro", del que se desconoce la cartera y el motivo para figurar allí, pero que tiene que estar porque siempre hace falta un ministro; para terminar, el personaje más influyente, el banquero, el que corta el bacalao. En un segundo plano, el pueblo llano pugna por entrar en el restaurante, aunque no estén invitados al acto, así que, a modo de manifestación reivindicativa empuja la verja de entrada a los jardines hasta hacerla caer... En el otro lado, los personajes encargados de llevar a cabo el evento figuran en otro plano diferente: el dueño y responsable del local —arruinado y a la espera de un crédito del banquero que le permita continuar con el negocio—; los camareros y cocineros, que están en huelga de brazos caídos; un anfitrión (*host*) caricaturizado que sirve para todo, hasta para contener en primera instancia la masa humana que pretende colarse; una joven invitada que ha llevado el jefe de cocina y que ayuda a convertir esa cocina en un caos aún mayor.

Con estos personajes, la película se desarrolla en dos escenarios de forma mayoritaria. Por un lado, la sala y aledaños, dividida en zonas estratificadas (la mesa presidencial, las mesas de los invitados, la mesa del banquero, el escenario donde actúan los músicos) y donde los baños terminan por cobrar importancia como elemento escatológico en los dos significados del término. Por otro lado, está la cocina, donde los cocineros han aceptado suspender la huelga bajo la promesa de que cobrarán en cuanto el banquero conceda el crédito y donde se fríen las truchas envenenadas y se da forma a la salsa que tratará de amortiguar su pestilencia. Las truchas —única comida de la reunión— actúan como nexo entre esos dos ambientes antagónicos y adquieren el protagonismo suficiente como para dar título a la película. Las diferencias entre ambos escenarios se aprecian también en el tipo de fotografía empleada. Para la sala se basa en el *travelling*, tanto en el recorrido por los comensales y los platos como en ofrecer al espectador lo que ocurre por debajo de las mesas. Para la cocina se opta por planos generales casi fijos donde la invitada hace de contrapunto sexual a las tareas propias del lugar.



El elenco elegido incluye a bastantes figuras destacadas entre los actores españoles (Mary Carrillo, Verónica Forqué, Quique San Francisco...) y entre los actores argentinos exiliados en España, consecuencia de la dictadura argentina que se había hecho con el poder dos años antes del estreno de *Las truchas*, en 1976 (Héctor Alterio, Lautaro Murúa, Luis Politti, Walter Vidarte y Ofelia Angélica), alguno de

los cuales, como el caso de Héctor Alterio, estaba amenazado de muerte por la triple A. La inclusión de la célebre canción "Volver" de Carlos Gardel en la banda sonora, cantada a coro y al final de la película, debe interpretarse en esa clave.

Con estas mimbres, José Luis García Sánchez construyó una obra en la que la crítica quiso identificar con otras obras corales de Berlanga o con *El ángel exterminador* de Buñuel (1962). En el primer caso, sí es cierto que el desarrollo coral de la película guarda muchas similitudes con obras como *Plácido* (1961) o *La escopeta nacional* (1978, coetánea con *Las trucha*s), sobre todo en la forma de pintar la sociedad de la época, aunque cuesta más acercarla al universo de Buñuel, aunque posea algún elemento en común.

Cuando se habla de obras próximas por temática o por época es imposible evitar la comparación sin que sea necesario que dicha comparación implique una clasificación cuantitativa. En relación con las obras de Berlanga, *Las truchas* resulta más directa, de forma que el espectador no tiene que hilar fino para sacar conclusiones. Berlanga trabajó en la época de la dictadura, donde la censura estaba afilada y dispuesta a cercenar todo aquello que supusiese algún atentado a los excelsos valores del nacionalcatolicismo. En ese contexto, estaba acostumbrado a volar por debajo del radar y actuar con sutileza para colocar las ideas sin soliviantar a una censura torpe y cegata, que se fijaba más en las apariencias que en el fondo de la cuestión. En plena transición, donde se eliminó cualquier tipo de freno, García Sánchez no necesitaba hacer encaje de bolillos para presentar con crudeza y sin medias tintas la sociedad del momento. Entonces, se tiene la tendencia a considerar mucho más sutil la presentación de García Berlanga que la de García Sánchez, con lo que la obra del segundo parece dibujada con un trazo más grueso.

En lo que respecta a la relación con las películas de Buñuel, en concreto, con *El ángel exterminador*, aparecen similitudes derivadas de la presentación coral de ambas y alguna escena que transcurre en cercanía —la imposibilidad inexplicable de abandonar el lugar en la cinta de Buñuel y la insistencia absurda en la ingesta de truchas envenenadas en la otra—, pero ahí termina el paralelismo. Si la obra de Buñuel es una crítica despiadada de la aristocracia (y asimilados) mediante la alegoría y el surrealismo, *Las truchas* representa una visión general de la sociedad del Madrid de la transición en clave metafórica, sin olvidar la crítica al propio proceso de transición política que entonces conducía a España desde la dictadura franquista hasta una democracia vigilada por los poderes fácticos y por los intereses del capital. De hecho, las propias truchas envenenadas son una metáfora de la sociedad y los organismos preconstitucionales que tienen que ser deglutidas y digeridas por esa misma sociedad mediante la ocultación del sabor y el aroma con una salsa con "mucha sustancia". «¡Más sustancia!», grita el jefe de cocina mientras calcetines y ropa interior usada acaban en la marmita donde se elabora la salsa. Y el mismo mantra repiten los cocineros mientras se añaden todo tipo de "ingredientes" entre los que lo único que se puede identificar es un hueso de jamón totalmente roído. Arriba, en la sala, los comensales que no han muerto intoxicados o que no se encuentran muy perjudicados por la primera ronda de truchas, aguardan dispuestos a comerse la segunda como si no hubiera ocurrido nada.



Al margen de similitudes, parecidos y paralelismos, *Las truchas*, como ocurre con el buen cine, nunca es una obra aislada ni una seta que crece en mitad de un prado, sino que bebe de las mejores fuentes del cine español y construye una visión particular y llena de espontaneidad de la sociedad de la época. *Las truchas* puede llegar a ser una película de culto, aunque nunca alcanzará la repercusión de *Amanece que no es poco*, con la que antes la comparaba. La razón no hay que buscarla en el contenido en sí mismo, en lo que pretende contar el argumento, sino en el desarrollo, que se ancla en una época concreta que hoy nos parece muy lejana. Mientras la película de Cuerda maneja escenarios atemporales y polivalentes con una dosis extra de fantasía para aislarlos más de cualquier realidad, la de García Sánchez utiliza los estereotipos del momento, lo que resultó muy eficaz en la época en que fue rodada, pero redunda en perjuicio de la percepción por parte del espectador actual, que no consigue introducirse con facilidad en un ambiente que ya no existe, máxime si la edad no le ha permitido conocer aquel contexto histórico. En resumen, la imagen ha envejecido y la percibimos como extraña y desconocida, sin que aún haya transcurrido tiempo suficiente como para considerar que ha pasado a formar parte de la historia.

A pesar de todo y de esa fotografía que se obstina en mantener la distancia, el excelente ejercicio de dirección a cargo de José Luis García Sánchez hace que la película se siga dejando ver y que proporcione un rato de entretenimiento (y de documentación social de una época), incluso aunque el marco temporal nos sea ajeno, desconocido y solo alcancemos a saber de él lo poco que ofrecen los libros.

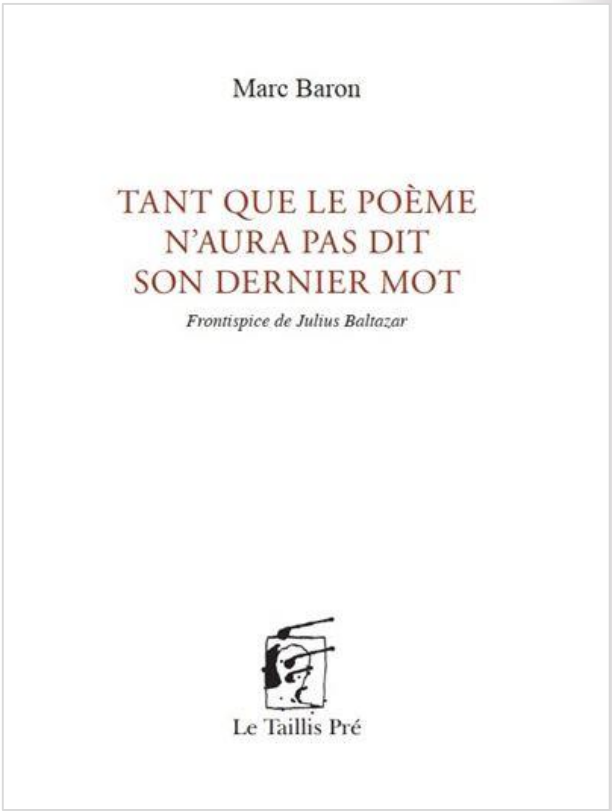


Marc Baron



Texto y traducción de Miguel Ángel Real

NACIDO en 1946, de padres agricultores, Marc Baron estudió teología y música (piano y órgano). Esa infancia entre los campos nunca le abandonó del todo. En su opinión, solo la escritura del arado y la reja puede llegar al corazón del problema. En esto, se siente muy cercano al poeta egipcio Edmond Jabès, quien afirmaba: «Escribir es sentir pasión por el origen: es intentar llegar al fondo». Desde sus primeros poemas en la revista *Nouvelle Revue Française* (NRF) en 1975, ha publicado más de veinte libros, principalmente de poesía. Fue en Bretaña, en Fougères, donde vive, donde creó en 1985 el Salón del Libro Juvenil, del que fue director artístico durante 27 años, hasta 2011. En la actualidad, es organista en Fougères e imparte regularmente talleres de escritura para jóvenes y adultos.





le poème des pauvres

le poème des pauvres a toute sa place en moi
il se moque des images bien lisses
et des ronds de jambe qui font le beau
c'est un poème d'absence et de profondeur
il dit juste à demi-mot
que le chemin va bien au-delà du seuil de la richesse
  et de la pauvreté
et que les jardins cachent des fleurs
autrement plus vivantes que les roses vertigineuses

je fuis les poèmes sans aspérités
sans manque sans interrogation
les poèmes qui disent tout
sans une place pour l'amour qui vient
ou le malheur immense d'être oublié

nuit du 10 au 11 décembre 2020

el poema de los pobres

el poema de los pobres cabe perfectamente en mí
le dan igual las imágenes bien lisas
y los zalameros haciendo reverencias
es un poema de ausencia y hondura
dice solo entre líneas
que el camino va mucho más allá del umbral de la riqueza
y la pobreza
y que los jardines esconden flores
mucho más vivas que las rosas vertiginosas

huyo del poema sin asperezas
sin carencia sin interrogación
los poemas que lo dicen todo
sin un lugar para el amor que viene
o la desdicha inmensa de ser olvidado

noche del 10 al 11 de diciembre de 2020

une place imprenable

tous les poèmes de sang ouvrent une voie nouvelle
même les plus désespérés les enclins à mourir
même les inachevés me font vivre pourtant
demain j'écrirai le poème de la traversée
dans une démarche désaltérante au bord des champs de fleurs
c'est là-bas c'est ailleurs et c'est toujours en toi
c'est toujours où tu cherches une place imprenable
il y a tout le temps dans le poème qui nous libère
les mots nous ont sauvés tant de fois
nous les poètes sans sommeil et sans passeport
les poèmes n'étaient pas loin de la brûlure
et nous rêvions de poèmes de braise

16 janvier 2021



una plaza inexpugnable

todos los poemas de sangre abren un camino nuevo
incluso los más desesperados los propensos a morir
incluso los inacabados me hacen vivir a pesar de todo
mañana escribiré el poema de la travesía
entre los andares refrescantes en las lindes de los campos de flores
es allí es en un lugar distinto y siempre en ti
es siempre donde buscas una plaza inexpugnable
constantemente llega el poema que nos libera
tantas veces nos salvaron las palabras
a nosotros los poetas sin sueño ni pasaporte
los poemas no estaban lejos de la quemadura
y soñábamos con poemas de brasas

16 de enero de 2021

nocturne de l'oubli

ils me hantent les poèmes d'amour
personne sur le chemin sous les hangars de paille
une lumière au loin dans la montagne
quelques papiers mouillés des semblants de mots d'amour
une page tombée d'un cahier du soir
partout c'est l'oubli
un puits une margelle
combler le vide par lui par elle
le poème se nourrit du rien

nuit du 15 au 16 janvier 2022

nocturno del olvido

me atormentan los poemas de amor
nadie en el camino bajo los hangares de paja
una luz a lo lejos en la montaña
algunos papeles mojados aparentes palabras de amor
una página que cayó de un cuaderno de atardeceres
por todas partes olvido
un pozo un brocal
llenar el vacío con él con ella
el poema se alimenta de nada

noche del 15 al 16 de enero de 2022



Navegante





Augusto Guedes

Navegante,
chamáronme,
a min, que nunca vira o mar.

Navegante,
e a terra xiraba,
e os camiños mudaban
con velocidade…
E as paisaxes
nadaban nos meus ollos.

Navegante,
chamáronme
as palabras ao xogar
e os amenceres
confundíanse cos solpores…
Navegante,
co sorriso das horas
e na lapela unha canción.

Navegante,
chamáronme
as estrelas ao pasar,
debuxando outros portos…
E a lúa,
cos seus dedos de orballo,
ensíname a regresar.

Navegante,
chamáronme,
e a brisa na súa viaxe,
coma un barco varado,
agochaba mil mañás
entre os seixos da alma.

Navegante,
chamáronme…

Navegante,
me llamaron,
a mí que no había visto el mar.

Navegante,
y la tierra giraba,
y los caminos cambiaban
con velocidad…
Y los paisajes
nadaban en mis ojos.

Navegante,
me llamaron
las palabras al jugar
y los amaneceres
se confundían con atardeceres…
Navegante,
con la sonrisa de las horas
y en la solapa una canción.

Navegante,
me llamaron
las estrellas al pasar
dibujando otros puertos…
Y la luna
con sus dedos de rocío
me enseña a regresar.

Navegante,
me llamaron,
y la brisa en su viaje,
como barco varado,
escondía mil mañanas
entre los guijarros del alma

Navegante
me llamaron…



Xuegos



Alfredo Garay

Juegos

Pasiaba la llingua peles cais
y gustábame dir per caleyones.
Llaberintos conocíos,
buscando'l sabor de lo escuro.

Atopate nun requexu.

Simulabes sorpresa al sentir
la calor que te daba
la mio mano fría.
Un baruyu de ropa
averábanos ensin rocea
au fervía la carne.

Llueu facíemos por recomponenos
y tornábemos a la plaza
simulando interés
por aquellos xuegos de la infancia.

Paseaba la lengua por las calles
y me gustaba ir por callejones,
laberintos conocidos,
buscando el sabor de lo oscuro.

Encontrarte en un rincón.

Simulabas sorpresa al sentir
el calor que te daba
mi mano fría.
Un lío de ropa
nos acercaba sin remordimiento
a donde hervía la carne.

Después hacíamos por recomponernos
y volvíamos a la plaza
simulando interés
por aquellos juegos de la infancia.

De *Plizcos*, Baxamar editores 2024


Yo no escribo para
que me lean



Pilar Úcar Ventura

¡CUÁNTAS veces hemos escuchado esta afirmación! Con mayor o menor tajancia, siempre hay quien dice que su escritura no es para los demás.

A mí, me asiste una duda, que no llega a ser agónica, como la de Unamuno, pero sí cierta suerte de escepticismo, cierta reticencia a creerme a pies juntillas esa confesión, y me malicio que la persona que la formula lo hace con la boca pequeña, *sotto voce* o pertrechado de algún tipo de complejo: mejor me escudo con este salvavidas, no sea que efectivamente, nadie me lea.

Es el riesgo que corremos los autores y autoras que nos dedicamos a la pluma, bueno, al ordenador. Y todo esto se acentúa, ahora, con la amenaza más que presente de la suspicacia de la IA.

En cualquier caso, resulta poco verosímil que alguien que escriba lo haga para guardarlo en un cajón o en un archivo encriptado; con esa actitud, voluntaria, libérrima y legítima, contraviene el principio básico de la comunicación, entendida como la transmisión de ideas a un receptor que procesa y descodifica, es decir, que comparten código en un determinado contexto.



Pero, hagamos historia…

Sabido es que, en la Alta Edad Media, por empezar en esa época tan atractiva y tan conocida, a pesar del oscurantismo que los medios le adjudican, primaba el anonimato: había que ocultar la identidad del artista, tanto en la piedra arquitectónica, como en la palabra de las páginas. Interesaba el contenido, la obra, el resultado, la persona no rubricaba por aquel entonces, si bien dejaba ciertos indicios de

quién andaba detrás del libro o de la catedral, por ejemplo.

Consignar nombre y apellidos se hará con el Humanismo, a lo largo de las décadas finales de unos siglos bajomedievales que preceden al Renacimiento y, entonces sí, conoceremos escritores y escritoras, sin seudónimos ni identidad bajo manga, aunque de todo hubo.

El nombre figuraba y así se hacía constar, por lo que fácil resulta deducir, que interesaba, y no poco, conocer la autoría y, sobre todo, que fueran admiradas, contempladas y leídas obras de arte y títulos literarios de los más diversos géneros. Manrique *a su padre*, Juan de Mena y sus *coplas*… escribían para ser leídos, dramatizados, bailados incluso, que muchas han sido las versiones y los formatos de su herencia escrituaria.

Avanzamos con la mística y sabemos que santa Teresa y sus textos eran esperados como consignas de ejemplaridad, o Gracián con sus máximas del proceder social y político; Quevedo y Góngora se tiraban los "trastos" ante los ojos de propios y extraños con sus composiciones poéticas.

El público disfrutaba con las comedias de Lope o se compungía con Tirso…, suma y sigue.

No creo yo que en el siglo de Oro y en las posteriores centurias dominara la idea de escribir para nadie, para que no hubiera nadie al otro lado de la comunicación, que hiciera caso omiso de las novelas, tragedias y poemas de románticos, realistas y neoclásicos.

Se trata de ser consciente de dónde estamos y de qué posición ocupamos, y no enmascarar bajo ese paraguas de displicencia y esnobismo algo que nos atañe a los escritores.

Escribimos para nosotros, bueno, lo admito, por terapia, impulso, gusto o necesidad. Pero seguro que los lectores y lectoras de estas líneas convendrán en la satisfacción que provoca el aplauso ajeno, incluso la crítica, nunca la ofensa, por supuesto, pero el vacío, la nada…, eso, nunca.

Escribir supone un acto de soberanía individual y cada cual sabrá sus inclinaciones y motivos que le llevan a hacerlo; convendría desproveer de ese halo de histrionismo que acompaña a los próceres de la literatura, y a los diletantes y a muchos aficionados…

Admito con Saint-Exupéry, que el valor de una obra, de un deseo, de una consecución es el proceso.

Y es lo que ocurre con la producción literaria; a mí al menos me pasa con la escritura: su proceso de elaboración, desde el planteamiento de un chispazo, el embrión de una idea, por minúscula que sea, cómo va creciendo y adquiriendo forma y diálogo, cómo se nos escapa de la mente y de las manos. Trabajamos, creamos, escribimos y nos constituimos parte esencial de ese trayecto, sin contemplar el final, avanzando, tejiendo y deshaciendo, tachando, añadiendo, casi nunca borrando…, con la mirada puesta en el siguiente verso, con el corazón latiendo por la próxima historia y el nuevo personaje que ha entrado a figurar en el relato; dibujar y pulir, matizar y sugerir.

Todo un itinerario intenso, gozoso, sufriente, agotador y, por fin…, la obra, el libro.

Después de este viaje no creo que el autor o la autora se sientan con la lucidez de declarar que no escriben para ser leídos o para ser leídas.

Sin capas ni capichuelas, sin tapujos ni disfraces: tener la posibilidad de firmar es ejercer nuestro derecho a la libre expresión y ofrecer a los demás el fruto de nuestro propio yo creativo. Luego ya vendrán opiniones, críticas, premios, agradecimientos o nada de

todo eso, pero la palabra escrita, la palabra compartida es un acto de generosidad, de saberse en el mundo, de formar parte de una colectividad que hoy más que nunca aprecia la escritura.



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

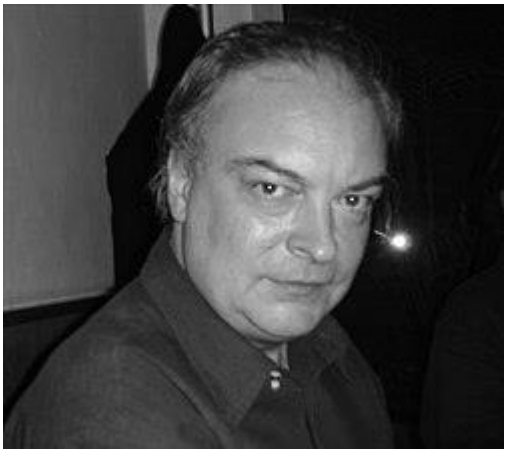
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

La escritora catalana **Cristina Fernández Cubas** (18/10/1945) ha sido galardonada con el Premio Cervantes 2026, probablemente el galardón más importante de las letras hispanas y se concede por el Ministerio de Cultura de España desde 1975 a propuesta de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Dotado con 125 000 euros, suele concederse a escritores con una amplia carrera a sus espaldas, sin distinción de géneros literarios. En el caso de Cristina Fernández Cubas, cultiva fundamentalmente el cuento y el relato breve, aunque ha hecho incursiones en otros géneros como la novela o el teatro. A pesar de la dificultad intrínseca que supone abrirse camino en un género como el cuento y el relato, la obra de esta autora ha sido ampliamente reconocida y, en la actualidad, es considerada como una de las mejores cuentistas españolas. Prueba de ello son los galardones que ha cosechado hasta este momento, como el Premio NH Hoteles para Cuentos (2001) por *Cosas que ya no existen*; el Premio Setenil (2006) por *Parientes pobres del diablo*; el Premio Cálamo (2008), el Premio Ciudad de Barcelona (2009), el Premio Salambó (2009), el Premio Qwerty (2009) el Premio Tormenta (2009), todos ellos por *Todos los cuentos*; el Premio de la Crítica (2015) y el Premio Nacional de Narrativa (2016) por *La habitación de Nona*; el Premio Gabriel a la labor de una vida (2022) de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror; el Premio Nacional de las Letras Españolas (2023); y el Premio Mediterráneo Albert Camus (2026).



El conocido escritor catalán **Enrique Vila-Matas** (31/3/1948) ha sido distinguido con el Premio Nacional de las Letras Españolas que otorga el Ministerio de Cultura y que tiene una dotación de 50 000 euros. El jurado ha elegido a este autor por «su influencia decisiva en la narrativa contemporánea, su aportación a la tradición borgiana en lengua española, así como por una originalidad formal y fidelidad al espíritu metaficcional de Cervantes desde una dilatada y ejemplar trayectoria» y tras esta frase se habrán tomado un merecido descanso. La

trayectoria de Vila-Matas ha sido ampliamente reconocida con un buen número de galardones entre los que cabe citar el Premio Rómulo Gallegos (2001) por *El viaje vertical*; el Premio Ciudad de Barcelona (2001); el Premio Fernando Aguirre-Libralire (2002); el Premio Herralde de 2002 y el por Premio Nacional de la Crítica de 2002, ambos por *El mal de Montano*; el Premio Médicis Extranjero (2003), el Premio del Círculo de Críticos de Chile (2003), el Premio Internacional Ennio Flaiano (2006); el Premio Fundación José Manuel Lara (2006), el Premio Real Academia Española (2006), el Premio Elsa Morante, en el apartado Scrittori del Mondo (2007), el Premio Internacional Mondello (2009) por *Dottor Pasavento*, el Premio Leteo (2010) por el conjunto de su obra; el Premio Jean Carrière (2010) por *Dublinesca*; el Premio Bottari Lattes Grinzane (2011), el Premio Argital (2012) por *Aire de Dylan*; el Premio Gregor von Rezzori a la mejor obra de narrativa extranjera (2012) por *Exploradores del abismo*; el Premio Formentor de las Letras (2014), el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances (2015), el Premio Nacional de Cultura de la Generalidad de Cataluña (2016) y el Premio Feronia-Città di Fiano (2017) por el conjunto de su obra; el Prix Ulysse (2017); el Premio Lisbon Festival Film (2017) y el Premio Zenda de Honor de este mismo año.



Novela

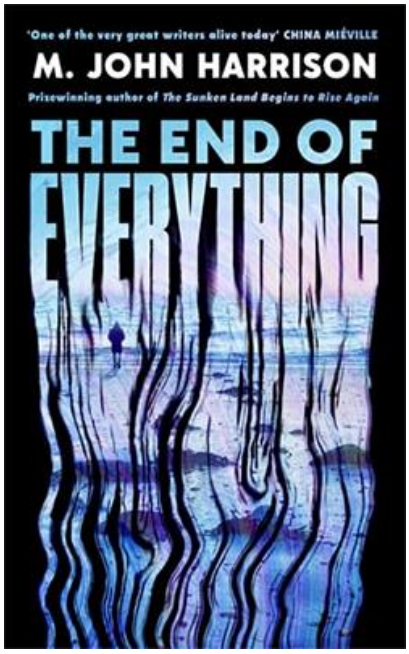
El Premio Goncourt es el premio literario más importante de las letras francesas para obra publicada. Se entrega desde 1903 y está dotado con una cantidad simbólica de 10 euros, aunque el reconocimiento que supone constituye un espaldarazo definitivo para obra y autor. La forma de elegir el ganador, con varios filtros sucesivos que se hacen públicos a lo largo de los últimos meses del año, genera una cierta transparencia que, no obstante, siempre se ve enturbiada por algún comentario acerca de las obras elegidas y suele desatar la polémica en cada entrega de los seleccionados. La edición de este año no estuvo exenta de tal polémica, cuando fue descalificada la obra del escritor canadiense Thélyson Orélien *C'était ça ou mourir* ante acusaciones de plagio y de uso de inteligencia artificial. En la primera selección (25/9/2026) fueron elegidas quince obras, que se redujeron a ocho en la segunda y a cuatro en la elección final del pasado 27 de octubre. Estas fueron las obras finalistas: *La solitude des professeurs est infinie*, de Yannick Haenel (Gallimard); *L'inconnue du Quai de Javel*, de Philippe Jaenada (Flammarion); *Choses que je croyais perdues*, de Clémentine Mélois (L'Arbalète, Gallimard); *De l'autre côté du lac*, de Sylvain Prudomme (Minuit). El ganador final resultó ser **Philippe Jaenada** (25/5/1964), un escritor francés que ya había sido reconocido con otros galardones como el Prix de Flore de 1997 y el Prix Alexandre-Vialatte de 1997, ambos por *Le chameau sauvage*; el Prix d'une vie du Parisien magazine 2013 y el Grand Prix des lycéennes d'Elle de 2014, ambos por *Sulak*; y el Prix Femina de 2017 por *La serpe*.



La escritora catalana **Eva Baltasar** (26/8/1978) es una de las poetas más premiadas puesto que todos sus poemarios han recibido algún galardón como reconocimiento. También ha sido exitosa su actividad como novelista, que ahora ha recibido el prestigioso premio francés Médicis en la categoría de novela extranjera por *Ocaso y fascinación*, que se había publicado inicialmente en catalán por Club Editor y en castellano por Random House. Los Premios Médicis se otorgan desde 1958 para reconocer obras que se salen del estilo imperante. El galardón principal es el de novela escrita originariamente en lengua francesa que, en la edición de este año, fue a parar a Philippe Vasset por *Dans les grandes lignes* (Flammarion). Además, de la obra de Eva Baltasar, el escritor Jean-Baptiste del Amo recibió el premio en la categoría de ensayo con *Une éclaircie* (Stock).



¡Sorpresa en el Booker Prize 2026! De la lista de finalistas (*shortlist*) de este año, formada por los títulos *The end of everything* de M. John Harrison, *The disappearers* de Marlon James, *Black bag* de Luke Kennard, *May we feed the king* de Rebecca Perry, *The things we never say* de Elizabeth Strout y *John of John* de Douglas Stuart, ha sido elegido ganador el primero de ellos que corresponde a... ¡una novela de ciencia ficción! y de... ¡un autor de 81 tacos! Si alguien sospechaba que la ciencia ficción era un género menor y que sus obras no contaban para el premio más importante de las letras en inglés, pues se equivocaba. Y si también suponía que los autores de 81 años solo están para homenajes (premios a toda la carrera y cosas así) y no para reconocer lo que siguen escribiendo, pues también estaba equivocado. Además, el Booker no es un premio por encargo como alguno que está en la mente de todos, sino un premio a obra publicada y que sigue un proceso de selección estricto y con toda transparencia; tampoco el autor, el británico **M. John Harrison** (26/7/1945) es alguien que necesite un espaldarazo para fomentar su carrera. Con una amplia trayectoria en la ciencia ficción, ya había recibido galardones tan importantes como el Boardman Tasker Prize por su novela *Climbers* (1989) —primera obra de ciencia ficción que obtenía ese premio— o los premios Arthur C. Clarke y Philip K. Dick de 2007 por *Nova swing*.



El Premio Herralde de novela, otorgado por la editorial Anagrama (perteneciente a la empresa italiana Fretinelli) y dotado con 25 000 euros ha sido concedido a la escritora colombiana radicada en Argentina **Margarita García Robayo** (1980) por la obra *Querida Sharik*, una ficción irónica donde explora el linaje caribeño y sus contradicciones morales en un horizonte apocalíptico y turistificado. El miembro del jurado Gonzalo Pontón Gijón ha destacado que estamos frente a "una novela del tiempo que apunta a una serie de temas y asuntos comprometedores como el género, la raza, el amor, el deseo, las formas de la

violencia sexual, el cambio climático, la mentira plástica del turismo, el imposible retorno a la ancestralidad y la inteligencia artificial como parte del diálogo. Todos estos elementos no son oportunistas". Tanto él como la directora de la editorial han destacado el tono irónico de la novela, que llega a tener hasta un punto de crueldad. Margarita García Robayo había obtenido previamente el Premio de la Casa de las Américas de 2014 por *Cosas peores* y fuefinalista del Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana de 2015 por *Lo que no aprendí*. En 2020 obtuvo el English PEN Award por la traducción al inglés de su novela *Tiempo muerto* y en 2025 resultó ganadora del Premio Pablo Maurette por la ficción *El contrabando ejemplar*.



NOVELA	Convocatorias de concursos que cierran en diciembre de 2026			
Premio	**Día**	**nº páginas**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
Novela Histórica Escritores con la Historia de Pozuelo De Alarcón	8	obra publicada	Ayuntamiento de Pozuelo de Alarcón (España)	4 000

Relato corto y cuento

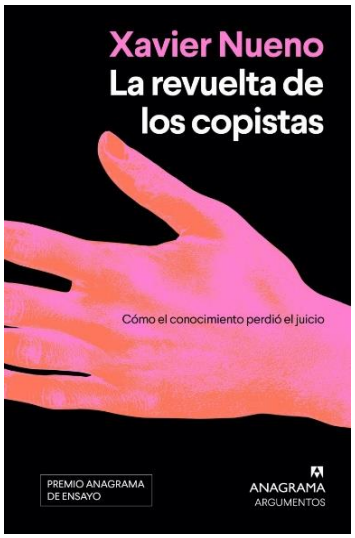
NARRATIVA CORTA	Convocatorias de concursos que cierran en diciembre de 2026			
Premio	**Día**	**nº páginas**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
La imagen escrita	6	50 palabras	Asociación Escritores en Rivas (España)	50
Relato breve Sant Boi Negre	10	≤ 4 500 palabras	Sant Boi Negre (España)	300
Certamen de relato corto "Biblioteca pública municipal de Pilas"	11	5 a 10	Ayuntamiento de Pilas (España)	1 000
Relatos cortos "La ilustre fregona" de Zahara de los Atunes	15	6	Ayuntamiento de Zahara de los Atunes (España)	300
Internacional de cuentos Max Aub	29	5 a 15	Fundación Max Aub (España)	6 000
Certamen de relatos de la Fundación pintor Julio Visconti	30	30 a 40	Fundación Pintor Julio Visconti (España)	900
Certamen internacional de literatura de humor "La flor del cactus"	31	600 a 1 800 palabras	El Batracio Amarillo (España)	3 000

Poesía

POESÍA	Convocatorias de concursos que cierran en diciembre de 2026			
Premio	**Día**	**nº versos**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
Internacional de poesía «Gonzalo de Berceo»	4	500 a 800	Fundación San Millán de la Cogolla (España)	6 000
Margarita Perujo Nebro	13	14 a 50	grupo "Poetas Cueveños" (España)	300
Internacional de poesía de Zahara de los Atunes 2026	15	≤ 60	Ayuntamiento de Zahara de los Atunes (España)	300 200
Certamen internacional de literatura de humor "La flor del cactus"	31	≤ 150	El Batracio Amarillo (España)	3 000

Otros géneros literarios

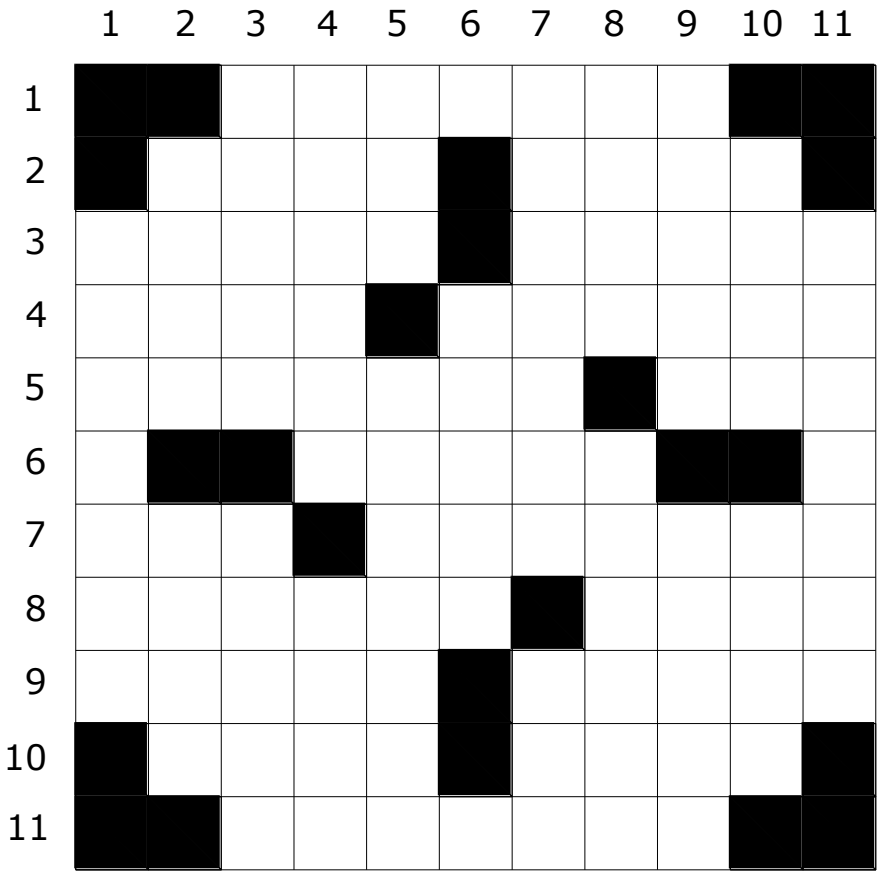
El asunto de la inteligencia artificial, de moda en los últimos años, es de lo que trata el ensayo *La revuelta de los copistas*, ganador del Premio Anagrama de ensayo de 2026, dotado con 10 000 euros. Su autor es el investigador **Xavier Nueno** (1990), doctor en Estudios Visuales y de Medios por la Universidad de Harvard y, en la actualidad, profesor en la Escuela Politécnica Federal de Lausana. Daniel Rico, miembro del jurado de esta convocatoria, ha destacado que "este es un libro extraordinario de un profesor de historia del conocimiento y sus tecnologías, una disciplina que se lleva poco pero que es sumamente interesante".



ENSAYO	Convocatorias de concursos que cierran en septiembre de 2026			
Premio	**Día**	**nº páginas**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
Investigación histórica	30	100 a 500	Ayuntamiento de Rincón de la Victoria (España)	1 500
TEATRO / GUION	**Convocatorias de concursos que cierran en septiembre de 2026**			
Premio	**Día**	**nº páginas**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
Teatro José Martín Recuerda	31		Fundación José Martín Recuerda (España)	3 000
EPISTOLAR	**Convocatorias de concursos que cierran en septiembre de 2026**			
Premio	**Día**	**nº páginas**	**Convocado por**	**Cuantía [€]**
Certamen cartas de amor "Bihotzaren Hitzak 2027"	12	≤ 700 palabras	Centro Cívico de Cruces (España)	550
Certamen de cartas de amor	14	≤ 2	Kultur Leioa (España)	250 125

Crucigrama

por Goyo



Solución

HORIZONTALES **1** Personaje de *El señor de los anillos*. **2** Foco de atracción. En cierto sentido, pasa de dentro a afuera. **3** Ir, sin cabeza, Estirpe, raza. **4** Dios griego del amor. Miembro de una subasta. **5** *De .... y hombres*, novela de Steinbeck. Dios de los musulmanes. **6** Al revés, periodos muy dilatados de tiempo. **7** Unión de trabajadores de la tierra, claro. Jean …., pensador precursor del protestantismo. **8** Seres supremos. Al revés, bahía, ensenada. **9** Medidas inglesas de superficie. Locales para representaciones musicales. **10** La todopoderosa sociedad de autores. Obstáculos líquidos de la hípica. **11** Fernando …., autor de *La torre herida por el rayo*.

VERTICALES. **1** Luis ...., poeta español de la generación del 27. **2** Sin mancha. Movimientos involuntarios del rostro. **3** *Esperando a* ...., obra teatral de Beckett. Horca para cerdos y perros. **4** Árboles betuláceos. Desgastas con los dientes, de alguna manera. **5** Puerta lógica. Estuche para objetos de aseo. **6** Pesares. **7** Suspensión de partículas diminutas en aire o gas. Casi un mundo. **8** Artículo femenino plural, pero sin cabeza. Sacar dinero de un país ilegalmente. **9** Defecto, tacha. Conforme a un modelo o prototipo. **10** Al revés, alabes. Barcos antiguos. **11** Rey de *El señor de los anillos*.

Damero

por Goyo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50

Solución

14	7	40	20	35		Animal que puede ser cazado
16	1	25	19	23	43	Llega un barco a puerto
9	5	37	8	32	26	Divinidad femenina de las aguas
28	38	30	4	34	46	De pequeño tamaño (fem.)
22	41	42	15	2		Propiedad física de las partículas
47	12	18	17	44		Signo, aviso
29	11	27	33	45		Fijad la fecha

Texto: refrán brasileño.

Clave, primera columna de definiciones: ofrecimiento solemne.

Nuevo diccionario de la RAE

El pasado 30 de octubre tuvo lugar la presentación de la nueva edición del *Diccionario de la lengua española* (DLE), la que hace el número veinticuatro. El acto ha contado con la participación de Santiago Muñoz Machado, director de la Real Academia Española y presidente de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), de la académica Paz Battaner —directora de esta edición— y de los directores y presidentes de las otras academias de la lengua española que componen la ASALE.

La versión en papel a cargo de Espasa —según la RAE, la más cuidada de las últimas ediciones— está disponible en librerías desde el pasado 21 de octubre a un precio parejo al cuidado de la edición, 142,5 euros para sus dos tomos. Por supuesto, si usted no está dispuesto a hacer esa inversión en una herramienta tan poco manejable y no tiene mucho interés en que figure encima del mueble bar o al lado del televisor de no-sé-cuántas-pulgadas para enseñárselo a las visitas como contrapunto o como detalle de postureo cultural, bien puede seguir con el uso de la versión en línea, mucho más práctica, rápida y, sobre todo, económica. De hecho, según ha recordado la RAE, son más de cien millones de visitas al mes las que recibe el DLE en línea, lo que habla por sí mismo de la excelente herramienta que es.

La nueva edición tiene unos números que hablan de la envergadura de la obra, 99 990 artículos y casi 209 000 acepciones que se concretan en: 54 829 etimologías, 23 255 acepciones con marca de alguna especialidad técnica, 20 672 acepciones con alguna marca de países americanos, 24 708 formas complejas o pluriverbales y 85 201 ejemplos.

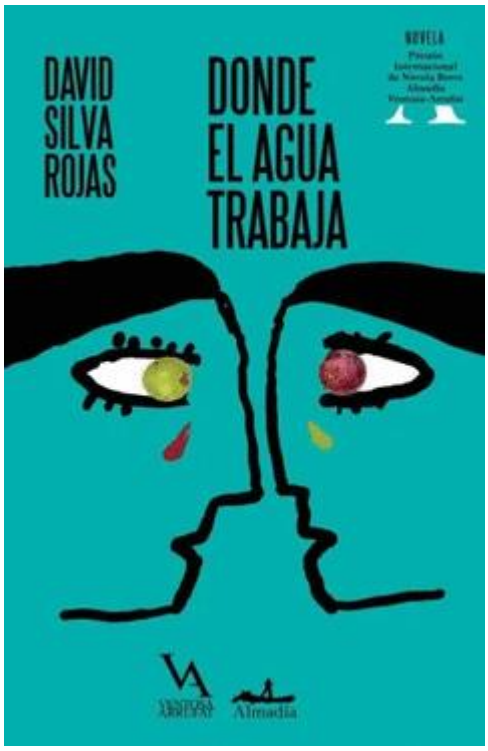


Como siempre, la parte más sustanciosa es la que corresponde a las novedades, las nuevas palabras que entran a formar parte del diccionario en virtud de la actividad de notaría lingüística de la RAE que debe dar cabida a los términos que se manejan en la calle y en el día a día. Puede acceder al listado completo de novedades pulsando en este enlace. Algunos de esos proceden de otros idiomas, aunque se manejan con mucha asiduidad, como "*app*", "ceo" o "*post*"; otros son acrónimos que sorprende que aún no estuvieran incorporados como "AOVE", "ELA", "IA" o "QR"; algunos tienen que ver con la apertura a gustos culinarios de países ajenos a la cultura hispana como "burrata", "ramen" o "roibos"; otros son términos que corresponden a nombres como el horripilante palabro "petricor", traído de la lengua inglesa casi intacto para describir el olor a tierra mojada. Son solo unos ejemplos... Echen un vistazo al enlace, seguro que encuentran material para una discusión entretenida.

¿Una polémica exagerada o el inicio de un problema?

La IA está de moda. Cuando no se dedica a reventar los datos de la Seguridad Social Australiana, se asocia con otras IA igual de taimadas para sembrar el pánico en Internet o se escapa de su redil para obtener aquello que precisa sin encomendarse a Dios ni al Diablo, que para ejercer de uno o de otro según se tercie, ya se basta ella misma. La última polémica

que ha saltado a los medios no proviene de ninguna amenaza para la humanidad ni para su existencia, sino de algo muchíííííísimo más importante —dónde va a parar—, el riesgo para la literatura.



La editorial mexicana Almadía no es una editorial de las grandes, aunque tiene propósito de serlo y a eso se ha dedicado los veinte años largos que lleva en un ámbito comercial tan complejo. Dicha editorial había puesto en marcha un nuevo galardón, el Premio Internacional de Narrativa breve Almadía-Ventosa Arrufat, dotado con 20 000 euros, cuya primera edición tuvo como ganador al escritor peruano David Silva Rojas con la obra *Donde el agua trabaja*, según se comunicó el pasado mes de junio, elegida entre los más de 2 200 manuscritos que concurrieron. El jurado estuvo compuesto por la escritora mexicana Cristina Rivera Garza, la autora argentina Selva Almada y la escritora ecuatoriana Mónica Ojeda. La polémica surge cuando el diario *El país* utilizó uno de los detectores de literatura escrita por máquinas, Pangram para concluir que el 99 % de la obra estaba realizada con inteligencia artificial, cuando las bases del certamen excluían ese tipo de textos. El "escándalo" obligó a cancelar la presentación del libro en Madrid, con la que iniciaba una gira por España.

La editorial, sin embargo, ha mantenido la concesión del galardón, tras una investigación que aseguraron haber realizado, aunque no aportaron las pruebas ni los resultados más allá de la conclusión general.

Recientemente, como indicábamos en la sección anterior, el Goncourt retiró una obra que había sido seleccionada previamente por este mismo motivo. Ahí la editorial canadiense que publicó el libro fue tajante y suspendió de forma fulminante el contrato con el autor, Thélyson Orélien. En este caso la editorial mexicana hizo caso omiso de una prueba que indica el 99 % está realizado con inteligencia artificial y prefirió no alterar la decisión del jurado, al amparo de, según aseguran, dar más credibilidad al criterio humano.

A raíz de esta polémica surgen muchas preguntas, empezando por la principal: ¿qué hace que un periódico español se preocupe de un premio otorgado por una editorial mexicana? ¿Publicidad al amparo del refrán "Que hablen de ti, aunque sea bien" o simple venganza porque el fallo no fue en la dirección esperada? ¿Hace lo mismo *El país* con todos los libros que ganan un premio literario? ¿Qué ocurriría si se somete a prueba alguno de los ganadores del Planeta de años anteriores? ¿Concluiría en estos casos que no fueron escritos por ningún tipo inteligencia?

Al margen de lo que haya ocurrido en la realidad, el uso de la IA como juez no deja de ser curioso, al menos en una situación en la que lo que se pretende juzgar es el uso generativo de la propia IA, con lo que, en cierta medida, se convierte en juez y parte. No es posible dejar

de preguntarse que, si la IA es capaz de distinguir los patrones humanos de los no humanos presentes en la escritura, también será capaz de usar unos patrones humanos que le resultan conocidos para escribir según ellos y que sus textos nunca puedan ser identificados como escritos por una máquina.

En cualquier caso, la polémica está servida y, como siempre ocurre cuando un libro salta a los medios de comunicación, la visibilidad de la obra y del autor aumentan. Se auguran buenas ventas...

Sally Rooney



Tras casi un año de polémica entre la escritoria irlandesa Sally Rooney y el gobierno del Reino Unido debido a que hizo pública la intención de donar las ganancias de los libros vendidos en ese mercado a Palestine Action (Acción Palestina), un grupo de activismo que es considerado terrorista por el gobierno inglés desde julio de 2025, Sally Rooney anunció la retirada definitiva de sus libros del mercado británico. Con anterioridad —en septiembre de 2025— ya había cancelado su viaje a Londres para recoger el galardón literario Sky Arts Award por temor a ser arrestada.

"Con el clero hemos topado"

El deán de la catedral de Oviedo ha prohibido el rodaje de escenas de *La regenta* en el templo. Netflix pretende llevar el tostón escrito en el siglo XIX por Leopoldo Alas a la pequeña pantalla y para ello pidió permiso para rodar algunas escenas en el interior de la catedral de Oviedo. El permiso fue denegado, según explicó el deán Benito Gallego a los medios después de haber recibido las veinticinco páginas del guion: «La decisión ha sido exclusivamente del Cabildo, no del arzobispo. Fundamentalmente, y sin entrar a juzgar la novela, nos pareció absolutamente inapropiado rodar en la catedral determinadas secuencias». No deja de ser curioso que el deán haya querido poner la venda antes de producirse la herida y quiera dejar al margen de la decisión al arzobispo, un personaje polémico y extremista, cuyas posiciones políticas son bien conocidas por airearlas constantemente en cualquier acto religioso que presida.



Está claro que la obra, que reflejaba la vida social de la provinciana ciudad de Vetusta, sigue levantando ampollas en el clero más de un siglo después de su publicación, un clero que no se sintió muy bien tratado en el texto del escritor zamorano. El caso es que la adaptación,

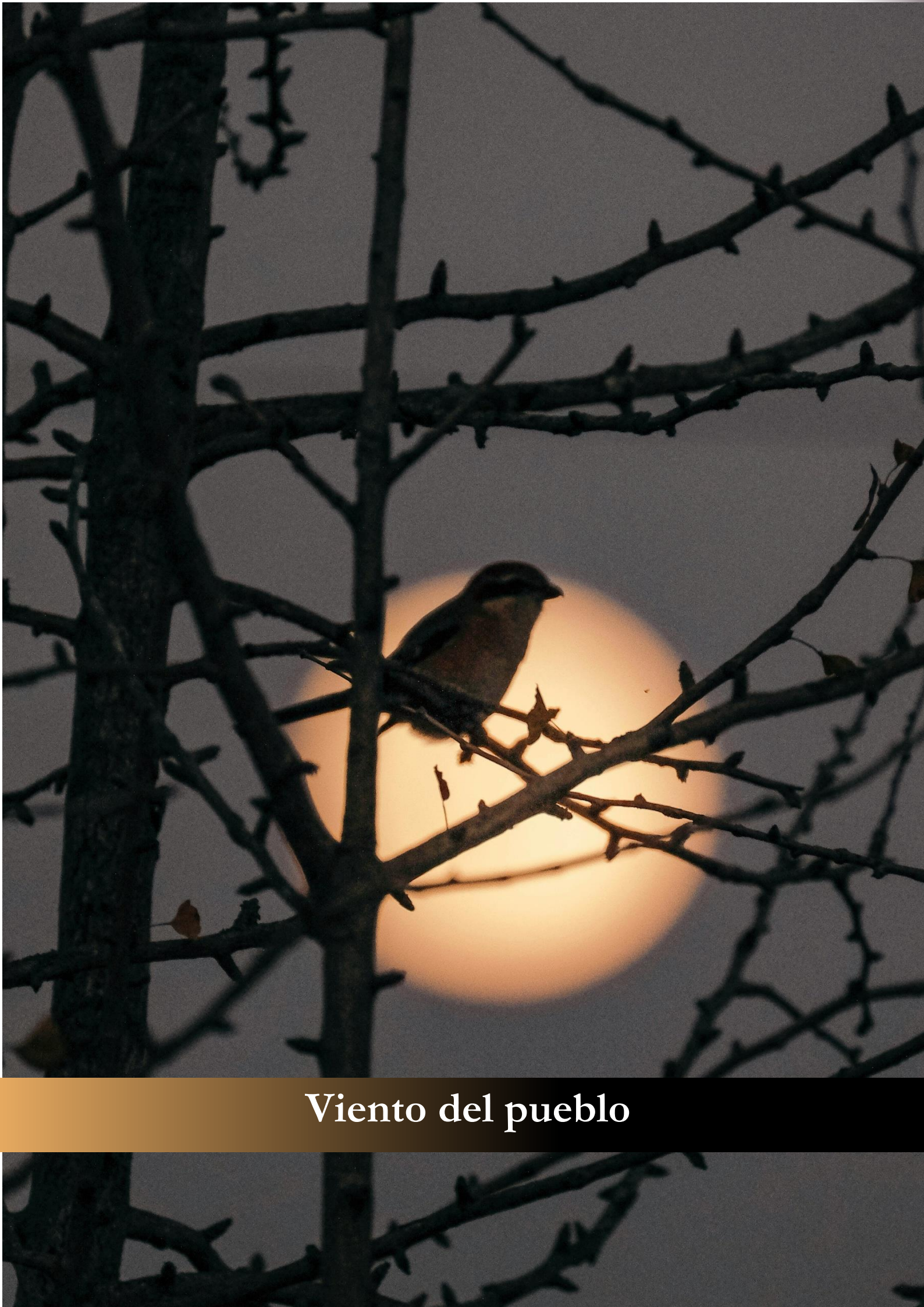
dirigida por Mar Coll y con Ester Expósito, Oriol Pla y Vito Sanz como protagonistas, tendrá que buscar escenarios alternativos.

Mientras, Ana Ozores vigila la entrada principal de la catedral de Oviedo desde el otro lado de la plazoleta. Su estatua durará más que el deán y que el arzobispo.

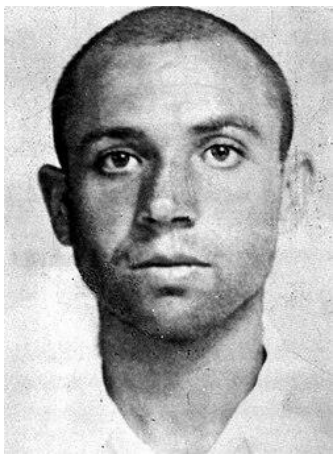
Obituario

El japonés Ryunosuke Murakami (19/2/1952-17/10/2026), más conocido como **Ryū Murakami**, fue un escritor y cineasta, famoso por la crudeza de su texto y por la violencia de las escenas de su narrativa. Sus obras más conocidas son *Azul casi transparente* (1976, traducida al español del inglés por Jorge G. Berlanga y publicada por Anagrama en 1982), *Sopa de miso* (1997, traducida al español del inglés por Jaime Martínez de Pisón y publicada por Seix Barral en 2005) y *Piercing* (1994, traducida al español del inglés por Ana Lima, publicada por Editorial Escalera en 2011 y reeditada por Abducción Editorial en 2023) en lo que se refiere a la literatura y *Tokyo decadence* (1992) en el ámbito cinematográfico. El que sus obras traducidas al español lo hayan sido a través de una lengua puente —el inglés— resta bastante a la traducción y hace que se pierda parte de la esencia original. A lo largo de su vida, Ryū Murakami recibió varios galardones, entre los que cabe citar el Premio Akutagawa de 1976, el Premio Yomiuri de 1997, el Premio Tanizaki de 2000 y el Noma Literary Prize, concedido en los años 1981 y 2005.





Viento del pueblo



Miguel Hernández

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

ELEGÍA PRIMERA

A Federico García Lorca, poeta.

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acíbar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,
en la misma raíz desconsolada
del agua, del sollozo,
del corazón quisiera:
donde nadie me viera la voz ni la mirada,
ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despaciosa y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,
durmiéndote de plomo,
de indiferencia armado y de respeto,
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceñía de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieto del ruiseñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiércol padre de la madreselva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellinos de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arrope, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que el calor de los besos
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de azules vibraciones.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
que la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento,
los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

SENTADO SOBRE LOS MUERTOS

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué ponerse,
hambriento y sin qué comer,
el día de hoy amanece
justamente aborrascado
y sangriento justamente.

En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.

Aunque le falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva, y te queden
corazón, entrañas, tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto,
las penas del mismo temple,
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.

VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

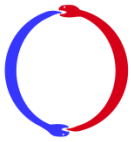
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques

torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.



Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

LOS COBARDES

Hombres veo que de hombres
sólo tienen, sólo gastan
el parecer y el cigarro,
el pantalón y la barba.

En el corazón son liebres,
gallinas en las entrañas,
galgos de rápido vientre,
que en épocas de paz ladran
y en épocas de cañones
desaparecen del mapa.

Estos hombres, estas liebres,
comisarios de la alarma,
cuando escuchan a cien leguas
el estruendo de las balas,
con singular heroísmo
a la carrera se lanzan,
se les alborota el ano,
el pelo se les espanta.
Valientemente se esconden,
gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
en los cojones del alma.

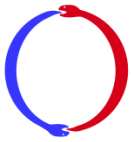
¿Dónde iréis que no vayáis
a la muerte, liebres pálidas,
podencos de poca fe
y de demasiadas patas?
¿No os avergüenza mirar
en tanto lugar de España
a tanta mujer serena
bajo tantas amenazas?
Un tiro por cada diente
vuestra existencia reclama,

cobardes de piel cobarde
y de corazón de caña.

Tembláis como poseídos
de todo un siglo de escarcha
y vais del sol a la sombra
llenos de desconfianza.
Halláis los sótanos poco
defendidos por las casas.
Vuestro miedo exige al mundo
batallones de murallas,
barreras de plomo a orillas
de precipicios y zanjas
para vuestra pobre vida,
mezquina de sangre y ansias.
No os basta estar defendidos
por lluvias de sangre hidalga,
que no cesa de caer,
generosamente cálida,
un día tras otro día
a la gleba castellana.
No sentís el llamamiento
de las vidas derramadas.
Para salvar vuestra piel
las madrigueras no os bastan,
no os bastan los agujeros,
ni los retretes, ni nada.
Huís y huís, dando al pueblo,
mientras bebéis la distancia,
motivos para mataros
por las corridas espaldas.

Solos se quedan los hombres
al calor de las batallas,
y vosotros, lejos de ellas,
queréis ocultar la infamia,
pero el color de cobardes
no se os irá de la cara.

Ocupad los tristes puestos
de la triste telaraña.



Sustituid a la escoba,
y barred con vuestras nalgas
la mierda que vais dejando
donde colocáis la planta.

ELEGÍA SEGUNDA
A Pablo de la Torriente, comisario político

«Me quedaré en España, compañero»,
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio trotante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro,
se viste emocionado de alegría
para robustecer el río de tu entierro.

Como el yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla,
poniéndote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos,
ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida
que no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida.

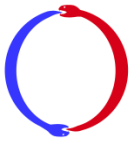
Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara
y el de Cuba en los huesos.

Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su Brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sonriendo a los terrones
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayos rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.



NUESTRA JUVENTUD NO MUERE

Caídos sí, no muertos, ya postrados titanes,
están los hombres de resuelto pecho
sobre las más gloriosas sepulturas:
las eras de las hierbas y los panes,
el frondoso barbecho,
las trincheras oscuras.

Siempre serán famosas
estas sangres cubiertas de abriles y de mayos,
que hacen vibrar las dilatadas fosas
con su vigor que se decide en rayos.

Han muerto como mueren los leones:
peleando y rugiendo,
espumosa la boca de canciones,
de ímpetu las cabezas y las venas de estruendo.

Héroes a borbotones,
no han conocido el rostro a la derrota,
y victoriosamente sonriendo
se han desplomado en la besana umbría,
sobre el cimiento errante de la bota
y el firmamento de la gallardía.

Una gota de pura valentía
vale más que un océano cobarde.

Bajo el gran resplandor de un mediodía
sin mañana y sin tarde,
unos caballos que parecen claros,
aunque son tenebrosos y funestos,
se llevan a estos hombres vestidos de disparos
a sus inacabables y entretejidos puestos.

No hay nada negro en estas muertes claras.
Pasiones y tambores detengan los sollozos.
Mirad, madres y novias, sus transparentes caras:
la juventud verdea para siempre en sus bozos.

LLAMO A LA JUVENTUD

Los quince y los dieciocho,
los dieciocho y los veinte...
Me voy a cumplir los años
al fuego que me requiere,
y si resuena mi hora
antes de los doce meses,
los cumpliré bajo tierra.
Yo trato que de mí queden
una memoria de sol
y un sonido de valiente.

Si cada boca de España,
de su juventud, pusiese
estas palabras, mordiéndolas,
en lo mejor de sus dientes:
si la juventud de España,
de un impulso solo y verde,
alzara su gallardía,
sus músculos extendiese
contra los desenfrenados
que apropiarse España quieren,
sería el mar arrojando
a la arena muda siempre
varios caballos de estiércol
de sus pueblos transparentes,
con un brazo inacabable
de perpetua espuma fuerte.

Si el Cid volviera a clavar
aquellos huesos que aún hieren
el polvo y el pensamiento,
aquel cerro de su frente,
aquel trueno de su alma
y aquella espada indeleble,
sin rival, sobre su sombra
de entrelazados laureles:
al mirar lo que de España
los alemanes pretenden,

los italianos procuran,
los moros, los portugueses,
que han grabado en nuestro cielo
constelaciones crueles
de crímenes empapados
en una sangre inocente,
subiera en su airado potro
y en su cólera celeste
a derribar trimotores
como quien derriba mieses.

Bajo una zarpa de lluvia,
y un racimo de relente,
y un ejército de sol,
campan los cuerpos rebeldes
de los españoles dignos
que al yugo no se someten,
y la claridad los sigue,
y los robles los refieren.
Entre graves camilleros
hay heridos que se mueren
con el rostro rodeado
de tan diáfanos ponientes,
que son auroras sembradas
alrededor de sus sienes.
Parecen plata dormida
y oro en reposo parecen.

Llegaron a las trincheras
y dijeron firmemente:
¡Aquí echaremos raíces
antes que nadie nos eche!
Y la muerte se sintió
orgullosa de tenerles.

Pero en los negros rincones,
en los más negros, se tienden
a llorar por los caídos
madres que les dieron leche,
hermanas que los lavaron,
novias que han sido de nieve

y que se han vuelto de luto
y que se han vuelto de fiebre;
desconcertadas viudas,
desparramadas mujeres,
cartas y fotografías
que los expresan fielmente,
donde los ojos se rompen
de tanto ver y no verles,
de tanta lágrima muda,
de tanta hermosura ausente.

Juventud solar de España:
que pase el tiempo y se quede
con un murmullo de huesos
heroicos en su corriente.
Echa tus huesos al campo,
echar las fuerzas que tienes
a las cordilleras foscas
y al olivo del aceite.
Reluce por los collados,
y apaga la mala gente,
y atrévete con el plomo,
y el hombro y la pierna extiende.

Sangre que no se desborda,
juventud que no se atreve,
ni es sangre, ni es juventud,
ni relucen, ni florecen.
Cuerpos que nacen vencidos,
vencidos y grises mueren:
vienen con la edad de un siglo,
y son viejos cuando vienen.

La juventud siempre empuja
la juventud siempre vence,
y la salvación de España
de su juventud depende.

La muerte junto al fusil,
antes que se nos destierre,
antes que se nos escupa,

antes que se nos afrente
y antes que entre las cenizas
que de nuestro pueblo queden,
arrastrados sin remedio
gritemos amargamente:
¡Ay España de mi vida,
ay España de mi muerte!

RECOGED ESTA VOZ

I

Naciones de la tierra, patrias del mar, hermanos
del mundo y de la nada:
habitantes perdidos y lejanos
más que del corazón, de la mirada.

Aquí tengo una voz enardecida,
aquí tengo un vida combatida y airada,
aquí tengo un rumor, aquí tengo una vida.

Abierto estoy, mirad, como una herida.
Hundido estoy, mirad, estoy hundido
en medio de mi pueblo y de sus males.
Herido voy, herido y malherido,
sangrando por trincheras y hospitales.

Hombres, mundos, naciones,
atended, escuchad mi sangrante sonido,
recoged mis latidos de quebranto
en vuestros espaciosos corazones,
porque yo empuño el alma cuando canto.

Cantando me defiendo
y defiendo mi pueblo cuando en mi pueblo imprimen
su herradura de pólvora y estruendo
los bárbaros del crimen.

Esta es su obra, esta:
pasan, arrasan como torbellinos,
y son ante su cólera funesta
armas los horizontes y muerte los caminos.

El llanto que por valles y balcones se vierte,
en las piedras diluvia y en las piedras trabaja,
y no hay espacio para tanta muerte,
y no hay madera para tanta caja.

Caravanas de cuerpos abatidos.
Todo vendajes, penas y pañuelos:
todo camillas donde a los heridos
se les quiebran las fuerzas y los vuelos.

Sangre, sangre por árboles y suelos,
sangre por aguas, sangre por paredes.
y un temor de que España se desplome
del peso de la sangre que moja entre sus redes
hasta el pan que se come.

Recoged este viento,
naciones, hombres, mundos,
que parte de las bocas de conmovido aliento
y de los hospitales moribundos.

Aplicad las orejas
a mi clamor de pueblo atropellado,
al ¡ay! de tantas madres, a las quejas
de tanto ser luciente que el luto ha devorado.

Los pechos que empujaban y herían las montañas,
vedlos desfallecidos sin leche ni hermosura,
y ved las blancas novias y las negras pestañas
caídas y sumidas en una siesta oscura.

Aplicad la pasión de las entrañas
a este pueblo que muere con un gesto invencible
sembrado por los labios y la frente,
bajo los implacables aeroplanos
que arrebatan terrible,
terrible, ignominiosa, diariamente,
a las madres los hijos de las manos.

Ciudades de trabajo y de inocencia,
juventudes que brotan de la encina,
troncos de bronce, cuerpos de potencia
yacen precipitados en la ruina.

Un porvenir de polvo se avecina,
se avecina un suceso
en que no quedará ninguna cosa:
ni piedra sobre piedra ni hueso sobre hueso.

España no es España, que es una inmensa fosa,
que es un gran cementerio rojo y bombardeado:
los bárbaros la quieren de este modo.

Será la tierra un denso corazón desolado,
si vosotros, naciones, hombres, mundos,
con mi pueblo del todo
y vuestro pueblo encima del costado,
no quebráis los colmillos iracundos.

II

Pero no lo será: que un mar piafante,
triunfante siempre, siempre decidido,
hecho para la luz, para la hazaña,
agita su cabeza de rebelde diamante,
bate su pie calzado en el sonido
por todos los cadáveres de España.

Es una juventud: recoged este viento.
Su sangre es el cristal que no se empaña,
su sombrero el laurel y su pedernal su aliento.

Donde clava la fuerza de sus dientes
brota un volcán de diáfanas espadas,
y sus hombros batientes,
y sus talones guían llamaradas.

Está compuesta de hombres del trabajo:
de herreros rojos, de albos albañiles,
de yunteros con rostro de cosechas.
Oceánicamente transcurren por debajo
de un fragor de sirenas y herramientas fabriles
y de gigantes arcos alumbrados con flechas.

A pesar de la muerte, estos varones
con metal y relámpagos igual que los escudos,
hacen retroceder a los cañones
acobardados, temblorosos, mudos.

El polvo no los puede y hacen del polvo fuego,
savia, explosión, verdura repentina:
con su poder de abril apasionado
precipitan el alma del espliego,
el parto de la mina,
el fértil movimiento del arado.

Ellos harán de cada ruina un prado,
de cada pena un fruto de alegría,
de España un firmamento de hermosura.
Vedlos agigantar el mediodía
y hermosearlo todo con su joven bravura.

Se merecen la espuma de los truenos,
se merecen la vida y el olor del olivo,
los españoles amplios y serenos
que mueven la mirada como un pájaro altivo.

Naciones, hombres, mundos, esto escribo:
la juventud de España saldrá de las trincheras
de pie, invencible como la semilla,
pues tiene un alma llena de banderas
que jamás se somete ni arrodilla.

Allá van por los yermos de Castilla
los cuerpos que parecen potros batalladores,
toros de victorioso desenlace,
diciéndose en su sangre de generosas flores
que morir es la cosa más grande que se hace.

Quedarán en el tiempo vencedores,
siempre de sol y majestad cubiertos,
los guerreros de huesos tan gallardos
que si son muertos son gallardos muertos:
la juventud que a España salvará, aunque tuviera
que combatir con un fusil de nardos
y una espada de cera.

ROSARIO, DINAMITERA

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación,
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendó la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera

de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

JORNALEROS

Jornaleros que habéis cobrado en plomo
sufrimientos, trabajos y dineros.
Cuerpos de sometido y alto lomo:
jornaleros.

Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.
Rabadanes del hambre y el arado:
españoles.

Esta España que, nunca satisfecha
de malograr la flor de la cizaña,
de una cosecha pasa a otra cosecha:
esta España.

Poderoso homenaje a las encinas,
homenaje del toro y el coloso,
homenaje de páramos y minas
poderoso.

Esta España que habéis amamantado
con sudores y empujes de montaña,
codician los que nunca han cultivado
esta España.

¿Dejaremos llevar cobardemente
riquezas que han forjado nuestros remos?
¿Campos que ha humedecido nuestra frente
dejaremos?

Adelanta, español, una tormenta
de martillos y hoces: ruge y canta.
Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta
adelanta.

Los verdugos, ejemplo de tiranos,
Hitler y Mussolini labran yugos.
Sumid en un retrete de gusanos
los verdugos.

Ellos, ellos nos traen una cadena
de cárceles, miserias y atropellos.
¿Quién España destruye y desordena?
¡Ellos!¡Ellos!

Fuera, fuera, ladrones de naciones,
guardianes de la cúpula banquera,
cluecas del capital y sus doblones:
¡fuera, fuera!

Arrojados seréis como basura
de todas partes y de todos lados.
No habrá para vosotros sepultura,
arrojados.

La saliva será vuestra mortaja,
vuestro final la bota vengativa,
y sólo os dará sombra, paz y caja
la saliva.

Jornaleros: España, loma a loma,
es de gañanes, pobres y braceros.
¡No permitáis que el rico se la coma,
jornaleros!

AL SOLDADO INTERNACIONAL CAÍDO EN ESPAÑA

Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,
una esparcida frente de mundiales cabellos,
cubierta de horizontes, barcos y cordilleras,
con arena y con nieve, tú eres uno de aquellos.

Las patrias te llamaron con todas sus banderas,
que tu aliento llenara de movimientos bellos.
Quisiste apaciguar la sed de las panteras,
y flameaste henchido contra sus atropellos.

Con un sabor a todos los soles y los mares,
España te recoge porque en ella realices
tu majestad de árbol que abarca un continente.

A través de tus huesos irán los olivares
desplegando en la tierra sus más férreas raíces,
abrazando a los hombres universal, fielmente.

ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma, ¿quién
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa de sudor.

No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,
que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.

Árboles que vuestro afán
consagró al centro del día
eran principio de un pan
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad
del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de las lomas.

VISIÓN DE SEVILLA

¿Quién te verá, ciudad de manzanilla,
amorosa ciudad, la ciudad más esbelta,
que encima de una torre llevas puesto: Sevilla?

Dolor a rienda suelta:
la ciudad de cristal se empaña, cruje.
Un tormentoso toro da una vuelta
al horizonte y al silencio, y muge.

Detrás del toro, al borde de su ruina,
la ciudad que viviera
bajo una cabellera de mujer soleada,
sobre una perfumada cabellera,
la ciudad cristalina
yace pisoteada.

Una bota terrible de alemanes poblada
hunde su marca en el jazmín ligero,
pesa sobre el naranjo aleteaste:
y pesa y hunde su talón grosero
un general de vino desgarrado,
de lengua pegajosa y vacilante,
de bigotes de alambre groseramente astado.

Mirad, oíd: mordiscos en las rejas,
cepos contra las manos,
horrores reluciendo por las cejas,
luto en las azoteas, muerte en los sevillanos.

Cólera contenida por los gestos,
carne despedazada ante la soga,
y lágrimas ocultas en los tiestos,
en las roncas guitarras donde un pueblo se ahoga.

Un clamor de oprimidos,
de huesos que exaspera la cadena,
de tendones talados, demolidos
por un cuchillo siervo de una hiena.

Se nubló la azucena,
la airosa maravilla:
patíbulos y cárceles degüellan los gemidos,
la juventud, el aire de Sevilla.

Amordazado el ruiseñor, desierto
el arrayán, el día deshonrado,
tembloroso el cancel, el patio muerto
y el surtidor, en medio, degollado.

¿Qué son las sevillanas
de claridad radiante y penumbrosa?
Mantillas mustias, mustias porcelanas
violadas a la orilla de la fosa.

Con angustia y claveles oprime sus ventanas
la población de abril. La cal se altera
eclipsada con rojo zumo humano.

Guadalquivir, Guadalquivir, espera:
¡no te lleves a tanto sevillano!

Ven a Guadalajara, dictador de cadenas,
carcelaria mandíbula de canto:
verás la retirada miedosa de tus hienas,
verás el apogeo del espanto.

Rumoras provincia de colmenas,
la patria del panal estremecido,
la dulce Alcarria, amarga como el llanto,
amarga te ha sabido.

Ven y verás, mortífero bandido,
ruedas de tus cañones,
banderas de tu ejército, carne de tus soldados,
huesos de tus legiones,
trajes y corazones destrozados.

Una extensión de muertos humeantes:
muertos que humean ante la colina,
muertos bajo la nieve,
muertos sobre los páramos gigantes,
muertos junto a la encina,
muertos dentro del agua que les llueve.

Sangre que no se mueve
de convertida en hielo.
Vuela sin pluma un ala numerosa,
rojo y audaz, que abarca todo el cielo
y abre a cada italiano la explosión de una fosa.

Un titánico vuelo
de aeroplanos de España
te vence, te tritura,
ansiosa telaraña,
con su majestuosa dentadura.

Ven y verás sobre la gleba oscura
alzarse como un fósforo glorioso,
sobreponerse al hambre, levantarse del barro,

desprenderse del barro con emoción y brío
vívidas esculturas sin reposo,
españoles del bronce más bizarro,
con el cabello blanco de rocío.

Los verás rebelarse contra el frío,
de no beber la boca dilatada,
mas vencida la sed con la sonrisa:
de no dormir extensa la mirada,
y destrozada a tiros la camisa.

Manda plomo y acero
en grandes emisiones combativas,
con esa voluntad de carnicero
digna de que la entierren las más sucias salivas.

Agota las riquezas italianas,
la cantidad preciosa de sus seres,
deja exhaustas sus minas, sin nadie sus ventanas,
desiertos sus arados y mudos sus talleres.

Enviuda y desangra sus mujeres:
nada podrás contra este pueblo mío,
tan sólido y tan alto de cabeza,
que hasta sobre la muerte mueve su poderío,
que hasta del junco saca fortaleza.

Pueblo de Italia, un hombre te destroza:
repudia su dictamen con un gesto infinito.
Sangre unánime viertes que ni roza,
ni da en su corazón de teatro y granito.
Tus muertos callan clamorosamente
y te indican un grito
liberador, valiente.

Dictador de patíbulos, morirás bajo el diente
de tu pueblo y de miles.
Ya tus mismos cañones van contra tus soldados,
y alargan hacia ti su hierro los fusiles
que contra España tienes vomitados.

Tus muertos a escupirnos se levanten:
a escupirnos el alma se levanten los nuestros
de no lograr que nuestros vivos canten
la destrucción de tantos eslabones siniestros.
Dos especies de manos se enfrentan en la vida,

LAS MANOS

Brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrestres y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,
de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,
retumbantes las venas desde las uñas rotas,
constelan los espacios de andamios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
lucha con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.

No han mudado: no cantan. Sus dedos vagan roncos,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

EL SUDOR

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
aúreas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas.
Por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis malolientes, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

JURAMENTO DE LA ALEGRÍA

Sobre la roja España blanca y roja,
blanca y fosforescente,
una historia de polvo se deshoja,
irrumpe un sol unánime, batiente.

Es un pleno de abriles,
una primaveral caballería,
que inunda de galopes los perfiles
de España: es el ejército del sol, de la alegría.

Desaparece la tristeza, el día
devorador, el marchitado tallo,
cuando, avasalladora llamarada,
galopa la alegría de un caballo
igual que una bandera desbocada.

A su paso se paran los relojes,
las abejas, los niños se alborotan,
los vientres son más fértiles, más profusas las trojes,
saltan las piedras, los lagartos trotan.

Se hacen las carreteras de diamantes,
el horizonte los perturban mieses
y otras visiones relampagueantes,
y se sienten felices los cipreses.

Avanza la alegría derrumbando montañas
y las bocas avanzan como escudos.
Se levanta la risa, se caen las telarañas
ante el chorro potente de los dientes desnudos.

La alegría es un huerto del corazón con mares
que a los hombres invaden de rugidos,
que a las mujeres muerden de collares
y a la piel de relámpagos transidos.

Alegraos por fin los carcomidos,
los desplomados bajo la tristeza:
salid de los vivientes ataúdes,
sacad de entre las piernas la cabeza,
caed en la alegría como grandes taludes.

Alegres animales,
la cabra, el gamo, el potro, las yeguadas,
se desposan delante de los hombres contentos.
Y paren las mujeres lanzando carcajadas,
desplegando en su carne firmamentos.

Todo son jubilosos juramentos.
Cigarras, viñas, gallos incendiados,
los árboles del Sur: naranjos y nopales,
higueras y palmeras y granados,
y encima el mediodía curtiendo cereales.

Se despedaza el agua en los zarzales:
las lágrimas no arrasan,
no duelen las espinas ni las flechas.
Y se grita ¡Salud! a todos los que pasan
con la boca anegada de cosechas.

Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto
en una muchedumbre de bocas y de brazos.
Se ve la muerte como un mueble roto,
como una blanca silla hecha pedazos.

Salí del llanto, me encontré en España,
en una plaza de hombres de fuego imperativo.
Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña ...
Me alegré seriamente lo mismo que el olivo.

PRIMERO DE MAYO DE 1937

No sé qué sepultada artillería
dispara desde abajo los claveles,
ni qué caballería
cruza tronando y hace que huelan los laureles.

Sementales corceles,
toros emocionados,
como una fundición de bronce y hierro,
surgen tras una crin de todos lados,
tras un rendido y pálido cencerro.

Mayo los animales pone airados:
la guerra más se aíra,
y detrás de las armas los arados
braman, hierven las flores, el sol gira.

Hasta el cadáver secular delira.

Los trabajos de mayo:
escala su cenit la agricultura.

Aparece la hoz igual que un rayo
inacabable en una mano oscura.

A pesar de la guerra delirante,
no amordazan los picos sus canciones,
y el rosal da su olor emocionante
porque el rosal no teme a los cañones.

Mayo es hoy más colérico y potente:
lo alimenta la sangre derramada,
la juventud que convirtió en torrente
su ejecución de lumbre entrelazada.

Deseo a España un mayo ejecutivo,
vestido con la enterna plenitud de la era.
El primer árbol es su abierto olivo
y no va a ser su sangre la postrera.
La España que hoy no se ara, se arará toda entera.

Europa se ha prendido, se ha incendiado:
de Rusia a España va, de extremo a extremo,
el incendio que lleva enarbolado,
con un furor, un ímpetu supremo.

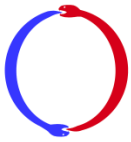
Cabalgan sus hogueras,
trota su lumbre arrolladoramente,
arroja sus flotantes y cálidas banderas,
sus victoriosas llamas sobre el triste occidente.
P
urifica, penetra en las ciudades,
alumbra, sopla, da en los rascacielos,
empuja las estatuas, muerde, aventa:
arden inmensidades
de edificios podridos como leves pañuelos,
cesa la noche, el día se acrecienta.

Cruza una gran tormenta
de aeroplanos y anhelos.
Se propaga la sombra de Lenin, se propaga,
avanza enrojecida por los hielos,
inunda estepas, salta serranías,
recoge, cierra, besa toda llaga,
aplasta las miserias y las melancolías.

Es como un sol que eclipsa las tinieblas lunares,
es como un corazón que se extiende y absorbe,
que se despliega igual que el coral de los mares
en bandadas de sangre a todo el orbe.

Es un olor que alegra los olfatos
y una canción que halla sus ecos en las minas.

España suena llena de retratos
de Lenin entre hogueras matutinas.



Bajo un diluvio de hombres extinguidos,
España se defiende
con un soldado ardiendo de toda podredumbre.

Y por los Pirineos ofendidos
alza sus llamas, sus hogueras tiende
para estrechar con Rusia los cercos de la lumbre.

CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te rompas al más leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismo muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derecho,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

Traspasada por junio,
por España y la sangre,
se levanta mi lengua
con clamor a llamarte.

Campesino que mueres,
campesino que yaces
en la tierra que siente
no tragar alemanes,
no morder italianos:
español que te abates
con la nuca marcada
por un yugo infamante,
que traicionas al pueblo
defensor de los panes:
campesino, despierta,
español, que no es tarde.

Calabozos y hierros,
calabozos y cárceles,
desventuras, presidios,
atropellos y hambres,
eso estás defendiendo,
no otra cosa más grande.
Perdición de tus hijos,
maldición de tus padres,
que doblegas tus huesos
al verdugo sangrante,
que deshonras tu trigo,
que tu tierra deshaces,
campesino, despierta,
español, que no es tarde.

Retroceden al hoyo
que se cierra y se abre,
por la fuerza del pueblo
forjador de verdades,
escuadrones del crimen,

corazones brutales,
dictadores del polvo,
soberanos voraces.

Con la prisa del fuego,
en un mágico avance,
un ejército férreo
que cosecha gigantes
los arrastra hasta el polvo,
hasta el polvo los barre.

No hay quien sitie la vida,
no hay quien cerque la sangre
cuando empuña sus alas
y las clava en el aire.

La alegría y la fuerza
de estos músculos parte
como un hondo y sonoro
manantial de volcanes.

Vencedores seremos,
porque somos titanes
sonriendo a las balas
y gritando: ¡Adelante!
La salud de los trigos
sólo aquí huele y arde.
De la muerte y la muerte
sois: de nadie y de nadie.
De la vida nosotros,
del sabor de los árboles.

Victoriosos saldremos
de las fúnebres fauces,
remontándonos libres
sobre tantos plumajes,
dominantes las frentes,
el mirar dominante,
y vosotros vencidos
como aquellos cadáveres.

Campesino, despierta,
español, que no es tarde.
A este lado de España
esperamos que pases:
que tu tierra y tu cuerpo
la invasión no se trague.

PASIONARIA

Moriré como el pájaro: cantando,
penetrado de pluma y entereza,
sobre la duradera claridad de las cosas.
Cantando ha de cogerme el hoyo blando,
tendida el alma, vuelta la cabeza
hacia las hermosuras más hermosas.

Una mujer que es una estepa sola
habitada de aceros y criaturas,
sube de espuma y atraviesa de ola
por este municipio de hermosuras.

Dan ganas de besar los pies y la sonrisa
a esta herida española,
y aquel gesto que lleva de nación enlutada,
y aquella tierra que de pronto pisa
como si contuviera la tierra en la pisada.

Fuego la enciende, fuego la alimenta:
fuego que crece, quema y apasiona
desde el almendro en flor de su osamenta.
A sus pies, la ceniza más helada se encona.

Vasca de generosos yacimientos:
encina, piedra, vida, hierba noble,
naciste para dar dirección a los vientos,
naciste para ser esposa de algún roble.

Sólo los montes pueden sostenerte
grabada estás en tronco sensitivo,
esculpida en el sol de los viñedos.
El minero descubre por oírte y por verte
las sordas galerías del mineral cautivo,
y a través de la tierra les lleva hasta tus dedos.

Tus dedos y tus uñas fulgen como carbones,
amenazando fuego hasta a los astros
porque en mitad de la palabra pones
una sangre que deja fósforo entre sus rastros.

Claman tus brazos que hacen hasta espuma
al chocar contra el viento:
se desbordan tu pecho y tus arterias
porque tanta maleza se consuma,
porque tanto tormento,
porque tantas miserias.

Los herreros te cantan al son de la herrería,
Pasionaria el pastor escribe en la cayada
y el pescador a besos te dibuja en las velas.

Oscuro el mediodía,
la mujer redimida y agrandada,
naufragadas y heridas las gacelas
se reconocen al fulgor que envía
tu voz incandescente, manantial de candelas.

Quemando con el fuego de la cal abrasada,
hablando con la boca de los pozos mineros,
mujer, España, madre en infinito,
eres capaz de producir luceros,
eres capaz de arder de un solo grito.
Pierden maldad y sombra tigres y carceleros.

Por tu voz habla España la de las cordilleras,
la de los brazos pobres y explotados,
crecen los héroes llenos de palmeras
y mueren saludándote pilotos y soldados.

Oyéndore batir como cubierta
de meridianos, yunques y cigarras,
el varón español sale a su puerta
a sufrir recorriendo llanuras de guitarras.

Ardiendo quedarás enardecida
sobre el arco nublado del olvido,
sobre el tiempo que teme sobrepasar tu vida
y toca como un ciego, bajo un puente
de ceño envejecido,
un violín lastimado e impotente.

Tu cincelada fuerza lucirá eternamente,
fogosamente plena de destellos.
Y aquel que de la cárcel fue mordido
terminará su llanto en tus cabellos.

Italia y Alemania dilataron sus velas
de lodo carcomido,
agruparon, sembraron sus luctuosas telas,
lanzaron las arañas más negras de su nido.

Contra España cayeron y España no ha caído.
España no es un grano,
ni una ciudad, ni dos, ni tres ciudades.
España no se abarca con la mano
que arroja en su terreno puñados de crueldades.

Al mar no se lo tragan los barcos invasores,
mientras existe un árbol el bosque no se pierde,
una pared perdura sobre un solo ladrillo.
España se defiende de reveses traidores,
y avanza, y lucha, y muerde
mientras le quede un hombre de pie como un cuchillo.

Si no se pierde todo no se ha perdido nada.

En tanto aliente un español con ira
fulgurante de espada,
¿se perderá? ¡Mentira!

Mirad, no lo contrario que sucede,
sino lo favorable que promete el futuro,
los anchos porvenires que allá se bambolean.
El acero no cede,
el bronce sigue en su color y duro,
la piedra no se ablanda por más que la golpean.

No nos queda un varón, sino millones,
ni un corazón que canta: ¡soy un muro!,
que es una inmensidad de corazones.

En Euzkadi han caído no sé cuántos leones
y una ciudad por la invasión deshechos.
Su soplo de silencio nos anima,

y su valor redobla en nuestros pechos
atravesando España por debajo y encima.

No se debe llorar, que no es la hora,
hombres en cuya piel se transparenta
la libertad del mar trabajadora.

Quien se para a llorar, quien se lamenta
contra la piedra hostil del desaliento,
quien se pone a otra cosa que no sea el combate,
no será un vencedor, será un vencido lento.

Español, al rescate
de todo lo perdido.
¡Venceré! has de gritar sobre cada momento
para no ser vencido.

Si fuera un grano lo que nos quedara,
España salvaremos con un grano.
La victoria es un fuego que alumbra nuestra cara
desde un remoto monte cada vez más cercano.

La voz de bronce no hay quien la estrangule:
mi voz de bronce no hay quien la corrompa.
No puede ser ni que el silencio anule
su soplo ejecutivo de pasión y de trompa.

Con esta voz templada al fuego vivo,
amasada en un bronce de pesares,
salgo a la puerta eterna del olivo,
y dejo dicho entre los olivares...

El río Manzanares,
un traje inexpugnable de soldado
tejido por la bala y la ribera,
sobre su adolescencia de juncos ha colgado.

Hoy es un río y antes no lo era:
era una gota de metal mezquino,
un arenal apenas transitado,
sin gloria y sin destino.

Hoy es un trinchera
de agua que no reduce nadie, nada,
tan relampagueante que parece
en la carne del mismo sol cavada.

El leve Manzanares se merece
ser mar entre los mares.

Al mar, al tiempo, al sol, a este río que crece,
jamás podrás herirlos por más que les dispares.

Tus aguas de pequeña muchedumbre,
ay río de Madrid, yo he defendido,
y la ciudad que al lado es una cumbre
de diamante agresor y esclarecido.

Cansado acaso, pero no vencido,
sale de sus jornadas el soldado.

En la boca le canta una cigarra
y otra heroica cigarra en el costado.

¿Adónde fue el colmillo con la garra?

La hiena no ha pasado
a donde más quería.

Madrid sigue en su puesto ante la hiena,
con su altura de día.

Una torre de arena
ante Madrid y el río se derrumba.

En todas las paredes está escrito:
Madrid será tu tumba.

Y alguien cavó ya el hoyo de este grito.

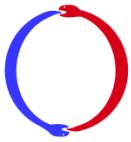
Al río Manzanares lo hace crecer la vena
que no se agota nunca y enriquece.

A fuerza de batallas y embestidas,
crece el río que crece
bajo los afluentes que forman las heridas.

Camino de ser mar va el Manzanares:
rojo y cálido avanza
a regar, además del Tajo y de los mares,
donde late un obrero de esperanza.

Madrid, por él regado, se abalanza
detrás de sus balcones y congojas,
grabado en un rubí de lontananza
con las paredes cada vez más rojas.

Chopos que a los soldados
levanta monumentos vegetales,
un resplandor de huesos liberados
lanzan alegremente sobre los hospitales.



El alma de Madrid inunda las naciones,
el Manzanares llega triunfante al infinito,
pasa como la historia sonando sus renglones,
y en el sabor del tiempo queda escrito.

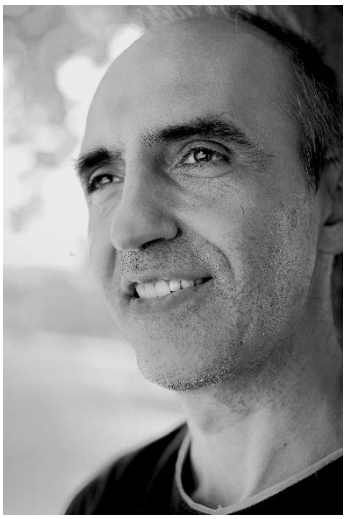
Nuevos horizontes





El patio de la olivera

índice



Ginés J. Vera

La brisa trae a veces brisa ligera, palabras que solo son palabras,
íntimos coloquios de enamorados bajo los olivos.

Carlos Sahagún

—PACO, ¿sabes qué hora es? Ya puede ser importante... —Hubo un silencio al teléfono; luego, oyó cómo Andrés hablaba con alguien, en voz baja; supuso que sería su cuñada—. Bueno, dime, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Le ha ocurrido algo a mamá?...

—Quiere que corte la olivera. —Nada más decirlo, intuyó la reacción de su hermano.

—¿Cómo? ¿Me has despertado de madrugada para decirme eso? ¿No podías esperar a mañana?

Paco volvió a escuchar un diálogo fuera del teléfono, respiró profundamente y, con la nueva retahíla de reproches, colgó.

—¿Tú crees que es normal? Me ha colgado —le dijo a Lucía. Su

mujer hizo un amago de incorporarse en la cama, a pesar del dolor.

—Mañana habla con él —repuso fatigada—, y tráeme el otro inhalador, este ya no tiene.

Andrés abandonó el dormitorio; en la cocina rebuscó entre los cajones y armarios. De regreso, comprobó que su hija dormía, ajena al revuelo de la llamada.

—Lo mejor es vender la casa del puebo ahora que vuestra madre aún está viva. —Lucía, incómoda, forzó una larga frase, tras inhalar el medicamento—. Luego, todo son problemas, ya lo hemos hablado, Andrés.

Él se quedó unos segundos en silencio, sentado en el borde de la cama, mientras ella volvía a tumbarse. Quiso conciliar unas horas de sueño, intentarlo al menos, antes del mordisco del despertador y la rutina diaria.

La casa del pueblo permanecía vacía todo el año. Cuando faltó su padre, ambos hermanos aconsejaron a su madre vivir con ellos, a meses, en la ciudad. No era algo que agradase a Andrés ni a Lucía, pero menos aún la idea de tener que salir en coche, de urgencia, a por ella, si les reclamaba. Algo que ocurrió meses después; la internaron en una residencia donde solo Paco la visitaba los fines de semana. Justo en una de esas visitas, como si despertase de un profundo sueño, Carmen entornó la mirada y le pidió que cortase la olivera del patio.

—¿Qué dices, mamá? Ese olivo lo plantó papá cuando era un chaval.
—Por eso —repuso ella—. No quiero que sufra.

Él fue a decir algo, pero guardó silencio. Ya en su casa, Paco reflexionó sobre la ocurrencia de su madre. La notaba cada vez más débil, con dolores en las manos, como agarrotadas. Evocarla en su silla de ruedas, su silueta menuda y tenaz, le pareció como si mirase a la olivera.

Andrés no le llamó al día siguiente. Ojeroso, se centró en los cierres trimestrales de los clientes de la asesoría en la que trabajaba. Paco no dejó de pensar en el olivo de la casa del pueblo mientras servía cafés o atendía las mesas en la terraza del bar donde le solían contratar por temporadas, según la faena. El primero en recibir la llamada fue él; luego, Andrés, aunque Paco ya le había mandado un mensaje, incapaz de hablar.

Había ocurrido de noche, les aseguró la médica del centro. También, que no sufrió. Ninguno de los hermanos quiso entrar en la habitación. Lo harían en el tanatorio, se adelantó Andrés, llevándose al exterior a Paco, viéndole embobado, como asimilando aún la noticia. El entierro, al día siguiente, fue íntimo y breve. En parte, por la lluvia. Lucía le dio el pésame a su cuñado y le pidió a Andrés regresar cuanto antes a casa, pues la

humedad no le sentaba bien. Paco se fijó en Aroa, su sobrina, en sus ojos, tan parecidos a los de su abuela, su misma sonrisa. De algún modo, juzgó bien y mal, a un tiempo, que estuviera allí, en el cementerio.

De nuevo, en el piso, Paco se sentó frente al televisor apagado durante horas. Recordó escenas en el pueblo, con su madre, con su hermano. Lloró despacio, sereno. Ahora ella estaría junto a su padre; de pronto, la imagen de la olivera le vino al pensamiento. Se la imaginó solitaria, en el patio de la casa, con sus ramas retorcidas, esbozada bajo las luces del día y las sombras de la tarde. Creyó verla a lo largo de las estaciones del año. «Corta la olivera», evocó la voz de su madre, con los ojos cerrados. ¿Debía hacerlo?, se preguntó.

Andrés le citó en su piso, días después, para interesarse por él, aseguró, aunque pronto sacó el tema del testamento, de la casa del pueblo. El dinero les vendría bien a ambos, le aseguró con la mirada cómplice de Lucía; su sobrina parecía atenta al televisor, no lejos de ellos.

—Quiero ir a verla. Quiero hablar con la olivera.

Lucía hizo un mohín; Andrés, en cambio, se quedó serio, adusto, como solía hacer su padre, poco amigo de las bromas.

—Podemos ir —enunció Andrés, templando el primer impulso de encararse a su hermano por aquella estupidez— y aprovechar el viaje para que una inmobiliaria de por allí busque compradores. Yo me encargo del papeleo, si te parece.

Paco ladeó la cabeza, hacia su sobrina, que se giró de improviso y le sonrió. Él se la figuró corriendo alrededor de la casa del pueblo, en el patio, con la olivera en una esquina, como una madre atenta y confiada. Luego, se la imaginó en un columpio, en una de sus ramas, aunque borró aquella imagen enseguida, formulando una pregunta que sorprendió a los tres.

—Aroa, ¿sabes cómo se hizo tu padre esa cicatriz en la barbilla?

La muchacha acudió de inmediato y observó el rostro de su padre, también Lucía. Andrés se mostró sorprendido, como si aquello acabase de ocurrirle en ese momento.

—Nunca me lo has contado —susurró su mujer.

—Fue en la olivera, en el pueblo. —Paco habló despacio, como dando tiempo a su hermano para que recordaran juntos aquel día—. Andrés había insistido en querer columpiarse en el árbol, a pesar de la negativa de nuestro padre. Mamá, un poco a hurtadillas, improvisó un columpio con un palo y una soga. Apenas se balanceó dos o tres veces —hizo una

pausa—, la rama se partió y aterrizó, de bruces, en el suelo. Me hizo prometer que no se lo diría a nuestro padre, pero no hizo falta. Nada más le vio, adivinó lo que había pasado y, aun, se llevó una cachetada.

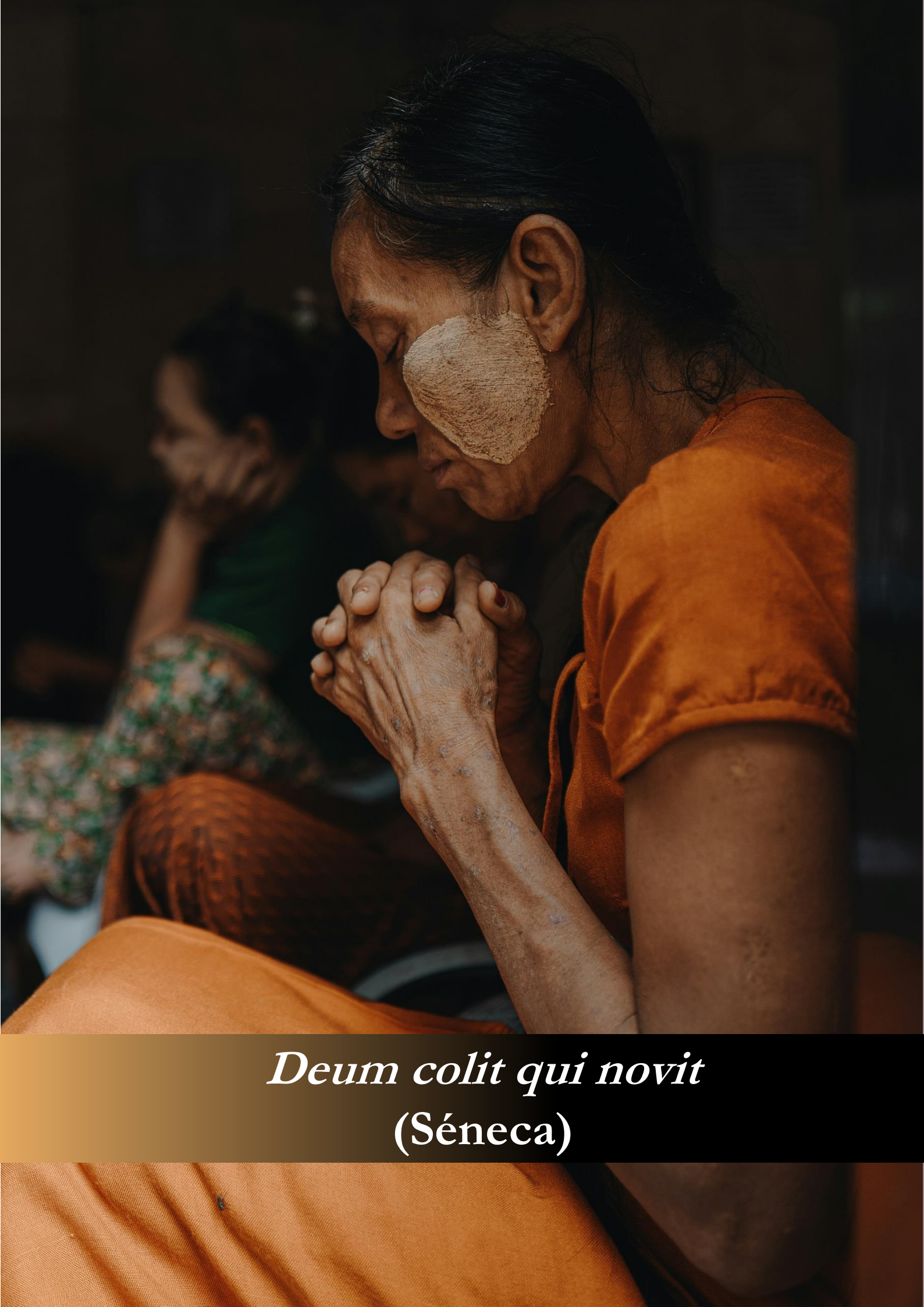
Aroa se rio, su madre esbozó una sonrisa y Andrés trató de desviar la atención, cambiando de tema y tapándose la cicatriz con la mano, incómodo.

Viajaron los cuatro en el coche de Andrés, a principios de verano. La cerradura les dio un poco de guerra. Las habitaciones olían a cerrado y, en el patio, la maleza señoreaba a sus anchas. Como si hubiera un vínculo invisible, Aroa y Paco fueron directo a la olivera. Se miraron entre sí y, luego, sin intercambiar una palabra, la abrazaron a la vez. Si la olivera les habló, nunca lo dijeron, pero desde ese día la conexión entre ambos se intensificó. Paco supo que no tendría el valor de hacerle daño al miembro más anciano de la familia, el que perduraría incluso cuando él ya no estuviese. Quizá el que viera a los hijos de su sobrina, a sus nietos. «Nada de subirse a un columpio», verbalizó a su lado, como si ella siguiera el fluir de sus pensamientos. Y, aún así, asintió a modo de promesa.

Andrés cumplió la suya, preparó los papeles de la casa, pero Paco no quiso venderla. Temió que, de hacerlo, los nuevos dueños arrancasen la olivera y eso era algo que no quería ni imaginar. De noche, en sueños, le vino una idea. A su hermano no le convenció del todo; en cambio, Lucía, más práctica, dijo que sí. Cuando Aroa cumpliera la mayoría de edad, salvo que él faltase, su parte de la casa sería para ella, a condición de que no se tocase la olivera.

Pasaron los años, la salud de Lucía se agravó; Andrés sufrió como nadie la pérdida, le quedó el consuelo de ver casada a Aroa. Esta y su yerno abrieron un alojamiento rural en el pueblo, rehabilitaron la casa y la llenaron de vida e historia, pues decidieron que llevase, como nombre, el del árbol del patio, aún más espléndido con el paso de los años.

Paco, algo achacoso pero emocionado, y Andrés, acudieron invitados por el matrimonio. Aroa le acompañó del brazo por las estancias y, luego, al patio. Hasta el duro de Andrés lloró al ver a su hermano vacilar antes de abrazar a la olivera. También lo hizo Aroa, como años atrás. Una pareja de huéspedes, en una de las mesas del patio, estuvo a punto de aplaudir. No lo hicieron por el cartel. Uno que advertía no molestar a la fauna local. Andrés no entendió; Paco, en cambio, alzó los ojos con mirada infantil y la complicidad de su sobrina. Expectante desde un hueco en el tronco, les observaba un mochuelo. Una nueva vida, una nueva generación, abrazada por los lazos del tiempo. Paco estuvo seguro de que su madre y su padre, allí donde estuvieran, les contemplarían felices alrededor de la olivera.



Deum colit qui novit
(Séneca)

índice



Miguel Quintana

Si tuviera en mi pecho el latido de su seno, Florián, hijo mío... ¡Si tuviera en mi pecho el latido de su seno libaría en la mansión de las estrellas con los dioses el vino de la verdad, y esta, lejos de ser amarga, embriagaría con la fuerza de su dulzura todas mis venas!... Mas dejemos, Florián, dejemos dormir los sueños. Dejémosles yacer ocultos en la tumba del corazón y velemos para que no despierten y que con sus alocados gritos nos hagan dormir asidos al insomnio en noches de locura, dejémosles también que reposen en mis entrañas bajo tierra de sopor y silencio. Dejemos, Florián, dormir los sueños, alimentémoslos, démosles los víveres que embriagan y seducen mientras apaciblemente descansan entre el polvo profundo de mi pecho para que no se desvelen y comiencen a revolotear como impertinentes polillas alrededor de la luz de mi cabeza, donde al final se abrasarían. Reposemos su dormir, apaguemos los ruidos, cerremos a la luz el paso, arrullemos incluso con la mente susurrando a sus oídos adormecedores cantos para que germine en lo profunde en ellos el embrión del vacío y vayan prosperando fuertes las plantas de la nada entre sus surcos, abonemos estos surcos de los sueños con la sustancia que más ansían para que, robustos, crezcan, suban, vivan muertos en la tumba de mi corazón. También tú, hijo mío, debes alentarlos para que prenda en ellos el olvido y no agiten, seguramente de forma inútil, tu propio corazón. No necesitamos despertarlos ni darles otro pasto distinto que su propia

muerte, no queremos las aladas insinuaciones que pondrían ante nuestros ojos, con las que veríamos solo turbias ilusiones. No debemos dar cebo a ilusiones turbias por el solo hecho de oír los ronquidos de los sueños, no, pues de ellos nos quedaría solo el poso de los duelos y las lágrimas, y tanto de unos como de otras, que no tendría fin su cuento. Si desplegamos, Florián, las velas de los sueños, harán que nuestra nave por mil caminos ande, descubriendo cuanto más camine nuevos mares, mas enredándose en cien lazos y en mil nubes, dejando además abiertos otros mil portillos por donde pueda entrar el veneno de esos mares. No debemos por ello, hijo mío, dejar sueltas las riendas de esos caballos desbocados, de estos corceles trastornados míos que tantas veces me hayan arrastrado por pedregales tantos, no podemos despertarlos, porque cuando ellos velan no tienen otra intención más que trepar por nosotros y aferrarse a la aldaba de nuestro corazón, como dicen los poetas, y no cesar de dar en él aldabonazos, los cuales no son finalmente sino poco más que lúgubres campanadas anunciando funeral. Dejemos, pues, Florián, dormir los sueños, y no aprendamos en su escuela el arte de perder el tiempo... Ah, Florián, maestro soy sin embargo en estas artes, maestro en asesinar tantas criaturas cuya sola sustancia era tiempo, y entre mis dedos se han fundido los metales de las ocasiones y se me han caído al suelo. Por mis dedos pasaron los proyectos y bosquejos, mas todo ha sido aborto entre ellos, unos vomitando fuera, otros expulsados dentro, y de poco me sirvieron los filósofos y sus hermosos versos, pues a la postre solo vacías las manos tengo, apenas en una a ti y en la otra este tintero..., siendo en realidad tú la tinta del tintero. Con él a la vista, y en el que mi pluma cebo..., contigo a la vista, hijo mío, no puedo sino dejar que duerman mis sueños... ¿Pero entonces no me es permitido por mí mismo soñar? ¿No va a permitir el tirano de mi voluntad que me bañe una última vez más en las aún frescas y estimulantes aguas de la laguna del olvido que nunca muere? ¿Y si aún conservo esa memoria, si aún cultivo casi sin querer el recuerdo, cuya boca está soplando siempre sobre la sustancia sonora del pasado para que en él no se deposite el polvo, no va entonces ese reyezuelo de mi albedrío a otorgarme el don de revivir la vida muerta de mi piel, e intentar que le aumente los quilates al hierro de mis victorias de antaño? ¿No me es permitido soñar recorriendo los cimientos del edificio de mi pasado, en los cuales se ha fundamentado la fábrica del presente...? Oh, no, qué digo, Florián... ¡Hasta he sospechado a veces que un exceso de amor fuera el que causara tu desgracia, hijo mío...! Y malos cimientos serían los cimientos excesivos... Y si no me es permitido mirar atrás, ¿podré mirar lo venidero? ¿Podría ser, Florián, que leyera tu madre estas líneas que te escribo? Quizás vea, sí, estas líneas que te escribo, quizás oiga tu llanto, hijo mío, a través de estas palabras, tal vez la carcoma que roía las entrañas del madero de su alma haya ahora fenecido sin descendencia y tal vez el demasiado serrín que produjeron sus mandíbulas no haya podido aún taponar del todo los oídos y los senos de su corazón, acaso lata todavía en él algún pulso de misericordia..., quizás vea, Florián, con estas palabras

que no escribo para ella..., quizás estas palabras que no escribo para ella puedan llevarle el viento preñado con semillas de medicina que se depositen en ella y se infiltren hasta sus entrañas, y vengan, sin saberlo ella, a traerle por oculta y milagrosa virtud el remedio que curase su enfermedad, quizás pueda este llanto tuyo que se derrama en mis palabras tener la fuerza necesaria para que roture sus tuétanos, como si fuese un arado de forma impetuosa llevado por bestias robustas, y desentrañe de ellos todas las raíces de cizañas y malezas y muerte que en doce años han campado a su sabor en ella... Tal vez... Mas le herían tantas cosas de mí... Le herían demasiadas cosas de mí, Florián, después de algún tiempo le hería yo si le hablaba o si callaba, si me vestía de una forma o de otra, si comía esto o lo otro, si lo hacía ahora o más tarde o antes, le hería si recibía mis amigos o si no los recibía, si escribía o no escribía, si escribía bagatelas o..., tu madre, hijo mío, tenía conmigo, andando el tiempo, heridas de cien senos y llagas de mil ramas, como dicen los poetas, que yo le producía, y que ensangrentaban el meollo de su corazón por el mero hecho de respirar yo. Y si le hería tanto aquello, Florián, ¡cómo no habría de herirle demasiado esto! Pero si le hieren mis palabras..., si le hiere el lloro de tus ojos, hijo mío, si le hieres tú, tú no tienes la culpa de sus heridas, pues precisamente eres tú, tal vez, una podrida excrecencia de sus pústulas..., de sus úlceras y de las mías... Y por todo ello no deseo que mis palabras o tu llanto sean causa de ninguna otra herida, sino más bien, que esta tinta que derramo sea óleo, como te dije hace un rato, que palie con su unción la epidermis y aun el hipocentro de nuestro seísmo. Mas..., bien ves, Florián, cuánta presunción y tal vez vanagloria mana de mi mano... Muchas veces, a pesar de todo, han quedado en el aire suspensos mis dedos, la pluma en ellos, pensando en ti y en mí, pero sin poder aplicarlos al blanco papel, el cual paga con risa sarcástica desde la albura de su mudez mi parálisis. Muchas veces ha retenido mi mano la cruel indecisión de arrojar al papel, o de no arrojarlo, el poso todo de mi corazón, y casi siempre al correr de la pluma, viéndote delante, pienso en lo baldío de abrir mis puertas a alguien que no puede andar. No me ha importado mucho, ciertamente, pensar que otros que no sean tú, hijo mío, si al acaso alguna vez este opúsculo leyeren, me entendieran bien..., si ello fuera posible debido al desorden que me gobierna por no escuchar con provecho al poeta lleno de preceptos. Tampoco me preocupa demasiado que esos otros me crean o no. Sí debería, en cambio, importarme que me amaran, mas, a pesar de que debería importarme, tampoco es mucho lo que me importa ahora, después de tantos años del desamor que camina tras mis pasos, ni busco con ansiedad en mi sangre sus aplausos, porque sé..., porque sé que con un beso de tu madre me amarían todos los hombres, como creo haberte ya dicho, y si aún no te lo hubiera dicho, te lo digo ahora. Me pesa, en cambio, algo, o por mejor decir, mucho, saber que la divinidad no inclina hacia mí su voluntad, tal vez porque tampoco se inclina mi voluntad a amar a la divinidad, sino a sus criaturas, y principalmente a ti, Florián, y también a tu madre..., aunque lo estén, como lo estáis, compuestas de barro y tierra

corruptible. Quizás también mi voluntad no deja de ser un puñado de polvo que revolotea por mis entrañas, y ese mismo polvo, al parecer, no puede volar y desear unirse sino a otros puñados del mismo polvo. Mas unirme contigo, a pesar de las apariencias, quizá sea imposible, incluso aunque seas un buen puñado de polvo. Sí, creo que imposible, a pesar de que ignore en realidad por qué, incluso a pesar de todo el amor que siento por ti, o por mejor decir, a pesar del mucho amor que tú excitas en mí. En cambio, la unión con tu madre fue sumamente fácil... Debería contarte ahora, hijo mío, cómo quisieron trazar los hados afortunados hace más de doce años el camino que hube de seguir para encontrar a la que sería tu madre, o si quieres que lo diga de otro modo, cómo sus pasos avistaron un día mis umbrales y aquí detuvieron su curso a reposar. Debería contarte estos detalles si estos pudieran esculpir en tu alma una estatua animada, mas, temo que apenas pueda mi cincel desbastar ese peñasco de mármol para ti y convertirlo en una diosa del amor. Late, salta, corre, vuela el corazón, Florián, el corazón en nuestro pecho..., o por lo menos en el mío. Ahí está tu madre, cerca, tan cerca que no hay más que ella, detrás de ella no hay nada y nada hay detrás de mí, todo está lleno de ella y de su hermosura, y no puedo sino caer y anonadarme en el lecho de sus ojos, y comienzo a leer en su libro de la bienaventuranza las páginas de sus labios, posibles, dudosos, probables, imposibles..., mas, sin duda deleitables..., y rojos..., y su música me encanta y paraliza, pues si es tan placentero leer libros, como dijera aquel poeta de la sabiduría divina, este de tu madre, hijo mío, es un libro que tiene en cada página para mí más de mil gotas de miel, más de mil notas de música fragante y olorosos rumores que resuenan dentro de mí... No puedo..., no puedo desbastar ahora, tras doce años de tenerla falsamente en mi cabeza sola, no puedo, Florián, no sé desbastar y cincelar esa diosa dadora y receptora de amor que tu madre otrora fuera. Me parece ser indigno hurtarle al recuerdo su figura y hacer que despierte en estas páginas, y se muestre en ellas somnolienta y débil, vacilante y frágil debido a la impericia de mi pluma, y me parece asimismo indigno rescatarla de las sombras con el ánimo de alentar tal vez mis propias sombras. Sí, muchas veces, Florián, he estado vacilando, acaso como lo esté ahora, si escribirte, si escribir para ti, si escribir. No sé bien si escribir es dejar encendida aquí una pequeña candela a cuya llamita no se atreva el viento. Pues sí, llegará un momento en que el sol no quiera calentar más mi corazón ni la luna platear mis canas, y mi pequeña lumbre, cada vez menor, al fin el viento la apague, sin que mis ojos puedan ver romper el nuevo alba. Llegará ese momento preñado de oscuridad y abortando al mismo tiempo olvido que se cierna sobre mi ceniza, y pisarán esa ceniza invisible otros aún más postreros que tú, Florián, sin saber que alentó un día en ella un corazón. Nadie entonces quizá sepa quién bajo estas líneas que ahora me dictas yace, casi nadie tal vez sepa por qué las tiene bajo sus ojos, y el tiempo al fin borrará cualquier sentido que ahora para mí tiene de grito tras el desgarro del fracaso. Ya sé que si alguien leyera lo que te escribo pensaría que está esmaltado de simpleza y contradicción, ya sé que

tienen las palabras que escribo para ti imaginación poca, y pocos podrían creer en algo tan frágil, y más aún superficial. Sé también que tú, hijo mío, de quien hablo con destreza escasa, podrías quedar ante los ojos venideros como figura falsa y de escaso poder de atracción, si no es ya que mi pluma añada plomo a la repulsión que naturalmente produces. Esta duda me duele, Florián, y con su aliento en el rostro escribo y duermo, hablo y discuto con otros sobre mil materias a veces oscuras e interminables. Esa cruel duda me impulsa a veces a calentar mis miembros con la fiebre que podrían inyectarme estos papeles ardiendo en el fuego. Esta duda, empero, hace también germinar dentro de mí a veces no sé qué semillas de entusiasmo, pensando que debo darte todo cuanto tengo, aunque todo sea tan poco y aunque nada que yo tenga sea suficiente, pues hace tiempo supe con claridad que no cuidarte cuanto pudiera, hijo mío, sería envenenarme. Sí, veneno bien amargo es amar al poderoso, al hermoso, al copioso, veneno bien amargo y además bien caro, y en cambio, el desvalido que apenas tiene poco más que el sol sobre su cabeza, bien digno es de ser amado por hombres dignos, que incluso con ello aumentarán probablemente su dignidad, en vez de ser abandonado y golpeado por el pie de la hosca fortuna, que quiso en él mostrar la saña como para demostrar a los demás su tiranía. Yo mismo, sin pensar en otros, he tenido la experiencia agria de mariposear flores variadas creyendo en ellas hallar miel, y lancé mis brazos muchas veces buscando frutas en apariencia deleitables, sin ver el gusano que dentro bullía y horadaba a su sabor la carne jugosa. ¡Oh, tuve ya, Florián, que retirar tantas veces mis brazos lastimados de tantas ortigas y zarzas de vanas esperanzas que abracé pensando hallar en ellas el ungüento del consuelo! Y después de tanto vocerío... Sí, pues podrías saber que me pidieron no pocas veces consejo sobre si esta o la otra ley era pertinente o no promulgarla en tales o cuales términos, si era o no pertinente castigar a estos o a aquellos por esa o esotra causa, si había, por el contrario, que colocar la corona del triunfo sobre la cabeza de este o era mejor no hacerlo..., en fin, se me encomendó a veces introducir reformas en ciertas instituciones o transformar enteramente otras... Pero, Florián, las personas que no son tú traicionan. Bien es cierto que me gustaría saber que también tú pudieras traicionar, aunque de hecho no lo hicieras nunca pudiéndolo hacer. Traicionan con frecuencia cuando uno está desapercibido, y muchos hay que tienen industria vasta en estas artes de hurtar, o de mentir, o de fingir o de hundir en tu espalda el cuchillo de la murmuración o de la calumnia, o de silbar en tus oídos melodías de falsos oros aduladores buscando miserablemente otros fines tan inconfesables. Todo ese vocerío, Florián, produce sordera, de tal modo que, aunque escuche, difícilmente pueda oír la verdad, y me ha llevado a no poder saber, cuando estoy delante de una persona, si tiene o es algo más que la apariencia sola que es patente. En cambio, tú, hijo mío, no tienes apariencia..., pero me unge la débil voz de tu verdad...

Créditos de fotografía e ilustración

índice



Portada y contraportada: Caspar David Friedrich

9 Mariusz Kubik
12 WanderingTrad
15 Marian Wood Kolisch
25 Fahrul Azmi
26 Vandelizer
27 A.Savin
28 Neilgiven
32 Jacob Boavista
33 Alfonso López Yepes
40 Martin Sanchez
42 Alicja Pięknik
43 Émile Séguin
44 Ivan Prokhorov
47 Metin Ozer
49 Devin Kaselnak
50 Bermix Studio
52 Arif Riyanto
53 Jason Leung
54 Amadalvarez
55 Adoratio
55 Ji-Elle
56 Uriel Santiago Velasco
63 RTVE
63 Noemy García García
64 Joi Ito
65 Insung Yoon
127 Vadim Sadovsky
128 Victoria Todorova
133 Zach Wear
139 Gerhard von Kügelgen

Con el agradecimiento de OCEANUM



Oceanum 2605-4094